ALEJANDRO TOLEDO MARTÍNEZ

CRIPTOLOGÍA SOCIOLINGÜÍSTICA

Fundamentos, método y frontera
de una ciencia del mensaje cifrado
en el discurso social

Alejandro Toledo Martínez

Criptología Sociolingüística

Fundamentos, método y frontera
de una ciencia del mensaje cifrado
en el discurso social

Criptología Sociolingüística: Fundamentos, método y frontera de una ciencia del mensaje cifrado en el discurso social

Primera edición, 2026

ISBN: [pendiente]

Impreso en México

A quienes han escogido la misión
de comprender lo oculto.

«El secreto no reside en el sistema,
sino en la clave.»

— Auguste Kerckhoffs, *La Cryptographie Militaire* (1883)

«El secreto es una de las mayores conquistas
de la humanidad.»

— Georg Simmel, *Sociología del secreto* (1906)

Índice general

Parte I

El problema: mensajes dentro de mensajes

CAPÍTULO 1

El mensaje oculto en el mensaje claro

Hay una escena que todos recordamos, aunque no sepamos nombrarla.

Dos adultos conversan en la cocina. Los niños juegan cerca. En algún momento, uno de los adultos dice una frase en un tono levemente distinto —no gritada, no susurrada, pero con un peso apenas perceptible que hace que el otro adulto asienta sin mirarlo. La frase, vista desde fuera, no dice nada extraordinario: *"ya veremos cómo sigue esto"*, o *"hay tiempo para todo"*, o *"depende de cómo llegue el domingo"*. Los niños no saben qué pasó. Pero saben que algo pasó. Saben que la frase quería decir una cosa para ellos —nada, continuidad aparente— y otra cosa para los adultos, algo específico, cargado de referencia compartida.

Esa escena doméstica es el punto de partida de este libro.

Porque ese mecanismo —un mismo enunciado que llega distinto a dos audiencias distintas, con una de las dos convencida de que ahí no pasa nada, mientras la otra decodifica un mensaje específico— es, en su forma más elemental, el fenómeno que la **criptología sociolingüística** se propone estudiar. Y ese fenómeno, cuando lo sacamos de la

cocina familiar y lo trasladamos al discurso político, a las plataformas digitales, a la diplomacia internacional, a los grupos organizados de poder, se vuelve uno de los motores menos visibles y más influyentes de la vida pública contemporánea.

No es un fenómeno nuevo. La humanidad lleva milenios codificando mensajes para audiencias específicas, blindándolos con una coartada literal, repartiendo el sentido en capas que se abren para unos y permanecen cerradas para otros. Lo nuevo son tres cosas: la escala, la velocidad y la visibilidad. La escala, porque hoy un mensaje codificado puede alcanzar a cientos de millones de personas en horas. La velocidad, porque los códigos nacen, se difunden y mueren en el mismo ciclo de una semana informativa. La visibilidad, porque mucho de lo que antes circulaba en logias, gabinetes o sobremesas cifradas, hoy ocurre en plena vista: en un hashtag, en un discurso televisado, en un comunicado oficial que cualquiera puede leer. La paradoja contemporánea es que la codificación social opera a plena luz, y sin embargo sigue siendo, para la mayoría de la audiencia general, invisible.

La criptología sociolingüística es una propuesta para hacer algo con esa paradoja.

Empecemos con cuatro escenas.

Primera escena: el eslogan que separa

Estados Unidos, finales de la década de 1960. Un candidato presidencial recorre los estados del sur. En sus discursos repite una frase: *"law and order"*. Ley y orden.

Para la mitad del país, esa frase significa lo que parece significar: la defensa del orden público, la autoridad del Estado, el respeto a las leyes. Una postura políticamente moderada, defendible, con una larga genealogía en la tradición conservadora y liberal. Para la otra mitad del país —y muy específicamente, para los votantes blancos del sur recientemente desplazados por la legislación federal de derechos civiles, por la integración racial de las escuelas, por el desmantelamiento legal del sistema segregacionista— la frase significa algo muy distinto. Significa, para esa audiencia concreta, *"vamos a frenar esto"*. Significa que la pregunta por la "ley" se reencuadra como la pregunta por *qué ley*, y que la pregunta por el "orden" se reencuadra como la pregunta por *qué orden*. La frase ofrece, detrás de su superficie neutra, un compromiso de restauración.

Ambas lecturas coexisten. Ambas audiencias se sienten correctamente interpeladas. Y el candidato, si alguna vez es confrontado sobre la lectura racial, tiene una respuesta perfecta: *"yo hablé de ley y orden; eso es lo que dije; si ustedes interpretaron otra cosa, es su problema."*

Ese mecanismo tiene nombre en la literatura especializada: *dog-whistle* —silbato para perros. Un sonido que una audiencia escucha claramente y la otra no oye en absoluto, aunque ambas estén en la misma habitación. El politólogo Ian Haney López, en su libro *Dog Whistle Politics*, ha documentado minuciosamente cómo este recurso atraviesa medio siglo de política estadounidense: desde las campañas de Barry Goldwater y Richard Nixon hasta llegar, con variaciones, a la retórica del presente. La experimentación psicológica de Tali Mendelberg, en *The Race Card*, ha mostrado además que estos códigos pueden produ-

cir efectos conductuales medibles en la audiencia destinataria sin que la audiencia general registre siquiera que ha oído un mensaje racial.

Lo que interesa al análisis de este escrito, sin embargo, no es juzgar moralmente al emisor ni descalificar a la audiencia. Lo que interesa es la estructura. Una frase con superficie defendible. Dos audiencias con claves de decodificación distintas. Un emisor protegido por la negación plausible. Esa estructura se repite -patron-, con múltiples variaciones, en todos los demás casos que veremos.

Segunda escena: la receta que no es receta

Ciudad cualquiera, 2020. Una usuaria de TikTok publica un video en el que, mientras prepara una pasta, dice al aire: *"si alguien está pensando en unalive themselves tonight, please reach out, call this number"*.

Unalive no es una palabra. No existe en los diccionarios. Cualquier lector atento notaría que es una construcción artificial: un prefijo privativo adherido a un adjetivo vital para producir, por negación, un verbo imposible. Pero para millones de usuarios jóvenes de la plataforma, *unalive* es transparente: significa *suicidarse*, o a veces, en contexto de videojuegos, *matar a un personaje*. La palabra nace por una razón específica y verificable: los algoritmos de moderación de TikTok penalizan —reducen visibilidad, desmonetizan, a veces directamente eliminan— cualquier video que contenga la palabra *suicidio*. El resultado es predecible: la comunidad desarrolla un sustituto. El sustituto funciona porque los humanos lo entienden y los algoritmos, al menos durante un tiempo, no.

El mismo mecanismo genera decenas de sustituciones paralelas: *seggs* por *sex*, *corn* por *porn*, *le dollar bean* (en jerga silábica) por *lesbian*, *pew-pew* por *gun*, *yt* por *white*, *mascara* por *murder*. Cada sustitución es una pequeña pieza de ingeniería lingüística: debe ser fonéticamente cercana para que el humano la lea sin esfuerzo, semánticamente ambigua para que el algoritmo la clasifique como inocua, y culturalmente legible para que la comunidad destinataria la adopte.

Unalive es un caso de *algospeak* —lenguaje diseñado para evadir algoritmos. Es rápido, desechable, colectivo, vivo. El sociólogo Tarleton Gillespie, en *Custodians of the Internet*, ha analizado cómo las plataformas digitales funcionan como *custodias* que moderan a escala; la antropóloga Sarah T. Roberts, en *Behind the Screen*, ha documentado el trabajo humano invisible que complementa —y a veces corrige— esa moderación algorítmica. Lo relevante para nosotros es que el *algospeak* pone en escena, con claridad inusitada, una estructura de codificación: hay un emisor, un mensaje con doble capa, una audiencia humana que decodifica, una audiencia algorítmica que no. Cuando los modelos de moderación aprenden a detectar *unalive*, nacerá otra palabra. Cuando aprendan a detectarla, otra más. La comunidad y el algoritmo entran en una relación evolutiva de la que el lenguaje queda como depósito —un depósito que la criptología sociolingüística puede estudiar, corpus en mano, capa por capa.

Vale la pena anotar, desde ya, algo que regresará en capítulos posteriores: este fenómeno no es tan nuevo como parece. Los jóvenes, en toda sociedad, han codificado su lenguaje contra el lenguaje de los adultos. El *slang* generacional precede al *algospeak* por siglos. Lo que

el algoritmo añade no es el mecanismo —el mecanismo es milenario— sino la velocidad del ciclo evolutivo y la asimetría del adversario: ya no es el adulto distraído, es el modelo de algoritmo que aprende.

Tercera escena: el comunicado ambiguo

Junio de cualquier año reciente. Un ministerio de relaciones exteriores publica un comunicado de tres párrafos sobre un incidente fronterizo con un país vecino. El texto habla de *"la importancia de los canales diplomáticos establecidos"*, *"el respeto irrestricto a los acuerdos vigentes"* y *"la confianza en que la situación se resolverá conforme al derecho internacional"*.

Tres audiencias leen el mismo comunicado.

La audiencia doméstica —los ciudadanos del país emisor— lee prudencia y firmeza. Una clase política sobria, un Estado que no se precipita. La audiencia aliada —un tercer país con intereses compartidos— lee un aviso tácito de que este incidente no escalará pero que requiere apoyo: la mención de los "canales establecidos" funciona como una señal de que los contactos bilaterales ya están activos. La audiencia adversaria —el país vecino— lee una advertencia velada, sostenida en la invocación del derecho internacional: el comunicado, sin amenazar, anuncia que hay una posibilidad de reclamación legal en curso.

Ninguna de las tres lecturas es falsa. Ninguna es contradictoria con el texto. El texto está escrito, precisamente, para que ninguna lo sea. Eso no es accidente: es **oficio diplomático**, y es uno de los casos

más antiguos y más refinados de codificación social en el lenguaje público. La diplomacia formal lleva siglos produciendo textos cuya ambigüedad no es defecto sino arquitectura: cada adverbio tiene peso, cada orden de mención significa algo, cada silencio es tan elocuente como cada afirmación. Los diplomáticos, los analistas de política exterior y los servicios de inteligencia pasan su vida profesional leyendo estas capas. El ciudadano promedio del país emisor pasa por encima de ellas sin registrarlas.

Piénsese en la diplomacia de la Guerra Fría. Los comunicados conjuntos entre superpotencias eran leídos simultáneamente por al menos cuatro audiencias: el público doméstico de cada firmante, los aliados de cada bloque, los países no alineados y la propia contraparte. Un adjetivo distinto, una omisión notable, un orden alterado en la lista de países citados: todo eso era mensaje. El historiador Thomas Rid, en *Active Measures*, traza la genealogía de estas operaciones informativas. La diplomacia no es la única fuente; también aparece, con claridad, en la comunicación de los bancos centrales, en los comunicados corporativos de fusión, en los anuncios sindicales de huelga. Cualquier lenguaje oficial se convierte, con el tiempo, en un sistema de codificación social refinado por el uso.

Cuarta escena: el símbolo que cruza el umbral

Un evento corporativo internacional, grabado y retransmitido a millones. En determinado momento, un orador hace un gesto con la mano. Un gesto mínimo, técnicamente banal. Para la mayoría de los

espectadores —casi todos— el gesto no significa nada. Para un subconjunto pequeño, educado en ciertas tradiciones simbólicas, el gesto es reconocible: pertenece a un repertorio esotérico documentado desde hace siglos.

Aquí es donde debemos pararnos un momento, porque este libro tiene con el esoterismo una relación específica que vale la pena aclarar desde la primera página.

El esoterismo no entra en este tratado como curiosidad ocultista ni como objeto de denuncia paranoica. Entra porque los repertorios esotéricos —símbolos herméticos, iconografías masónicas, sistemas de correspondencia hermenéutica, gestualidades rituales— han sido, históricamente, **instrumentalizados por grupos de poder** para codificar pertenencia, jerarquía y señalamiento. No siempre. No necesariamente. Pero sí con la frecuencia suficiente como para que la criptología sociolingüística no pueda ignorar el fenómeno sin volverse ciega ante una parte sustancial de su objeto. La iconografía masónica está en la arquitectura de capitales, en sellos estatales, en logotipos corporativos. Eso no significa, por sí mismo, que haya conspiración; significa que hay un lenguaje visible solo para una parte de la audiencia. La CSS quiere poder hablar de eso sin caer en los vicios de los dos extremos: ni la lectura total que ve código en cada sombra, ni la ceguera formalista que niega el fenómeno porque no encaja en los marcos cómodos de la discusión académica.

Aquí no nos pronunciaremos sobre la validez interna de los saberes esotéricos. No diremos si el hermetismo es verdadero o falso, si la masonería es benigna o malévola, si existe o no un *orden oculto del mun-*

do. Eso no es asunto de la CSS. Lo que sí es asunto de la CSS es lo que ocurre cuando un símbolo nacido en contexto iniciático **cruza el umbral** y aparece en el espacio público, donde una parte de la audiencia lo reconoce y otra no. Ese cruce de umbral es, formalmente, el mismo fenómeno que el *dog-whistle*, el *algospeak* y el comunicado diplomático. Es un *mensaje dentro de un mensaje*.

El lector que venga de una sensibilidad racionalista estricta puede sentir incomodidad aquí. *"¿No estamos abriendo la puerta a lecturas paranoicas?"*, podría preguntar. La respuesta de este libro es: solo si olvidamos el método. La CSS no consiste en encontrar símbolos esotéricos donde parezca que los hay; consiste en formular hipótesis específicas, construir corpora pareados, medir lecturas diferenciales entre audiencias, documentar casos negativos, publicar las refutaciones. Si lo hacemos bien, la inclusión del material esotérico no abre las puertas a la paranoia: las cierra. Porque pone cada supuesto hallazgo bajo las mismas exigencias de evidencia que cualquier otro.

La estructura común

Las cuatro escenas son muy distintas entre sí. La primera es un eslogan electoral; la segunda es un vocabulario improvisado de plataforma; la tercera es un ejercicio milenario de lenguaje oficial; la cuarta es un símbolo con historia antigua en uso contemporáneo. Pero tienen una estructura común. En las cuatro, **una misma superficie de lenguaje produce lecturas distintas en audiencias distintas, y al menos una de las audiencias no sabe —o no percibe— que está recibiendo**

una lectura particular. En las cuatro, el emisor conserva una coartada: si se le pregunta, puede defender la lectura literal.

Miremos esta estructura más de cerca. Tiene cuatro rasgos que reaparecerán, nombrados y definidos, a lo largo de todo el libro:

1. **Lectura diferencial.** Dos o más audiencias, expuestas al mismo mensaje, producen interpretaciones sistemáticamente distintas. No es que una audiencia "entienda" y la otra "no entienda"; es que cada audiencia accede a una lectura coherente, pero las lecturas no son la misma.

2. **Negación plausible.** El emisor conserva la posibilidad de defender públicamente la lectura literal. El mensaje está diseñado —o ha evolucionado— para blindar al emisor frente a la acusación de haber dicho algo específico.

3. **Efecto ocultamiento.** La capa codificada permanece, en buena medida, *no consciente* para la audiencia general. No es que la audiencia general sepa que hay un código y no pueda descifrarlo; es que, en muchos casos, la audiencia general ni siquiera sospecha que haya un código.

4. **Intencionalidad (consciente o inconsciente) relevante.** Hay un propósito en la codificación. Puede ser deliberado y calculado, como en una campaña política bien diseñada; puede ser habitual y semiautomático, como en los rituales diplomáticos; puede ser emergente y colectivo, como en el *algospeak*. Pero no es aleatorio.

Esos cuatro rasgos —lectura diferencial, negación plausible, efecto ocultamiento, intencionalidad relevante— son, en bruto, los criterios de demarcación de la CSS. El libro entero no hará otra cosa que

refinarlos, operacionalizarlos, ponerlos a prueba y, donde corresponda, matizarlos.

La tesis

Esa estructura común es lo que da razón de ser a la criptología sociolingüística. El libro que el lector tiene entre manos intenta hacer cuatro cosas con ella. Fundar la disciplina como campo autónomo —distinto de la endolingüística, de las tradiciones oraculares, de la hermenéutica sin límites. Construir un lenguaje conceptual adecuado, tomando prestadas, con cautela, las metáforas de la criptografía matemática: la del emisor y el receptor, la del cifrado simétrico y asimétrico, la de la esteganografía, la del canal lateral. Catalogar las grandes familias de códigos sociales que circulan hoy: *dog-whistles*, negación plausible, *algospeak*, lenguaje esópico, criptolectos, señalización encubierta. Y detallar un método para estudiarlos con rigor, sin caer en la paranoia ni en la sobrelectura.

La tesis que atraviesa todo el libro puede formularse en una sola frase:

> **Todo mensaje social pertenece, al menos en parte, a dos economías: la de lo que se dice y la de lo que se transmite sin ser dicho.**

Las dos economías son reales. Las dos tienen sus propias reglas. La primera es la economía del sentido literal, de lo explícito, de lo que se puede citar entre comillas sin traicionar al emisor. Esa economía es la que maneja el análisis de discurso tradicional, la prensa, los tribunales, la escuela. La segunda es la economía de lo no dicho, de lo

transmitido por debajo de la superficie, de lo que se juega en implicaturas, tonos, omisiones, marcos, asociaciones históricas, silbatos. Esa segunda economía —menos visible, pero no menos real— es la que, en muchos de los fenómenos más decisivos de nuestra vida pública, verdaderamente importa.

La CSS estudia la segunda economía. No porque la primera sea despreciable —es el suelo necesario— sino porque la segunda ha quedado, históricamente, sin disciplina que la tome en serio con herramientas propias. La endolingüística, la pragmática, la semiótica, el análisis de discurso, la sociología del secreto: todas esas disciplinas rozan el fenómeno, pero ninguna lo aborda con la combinación específica que este libro propone. Llenar ese hueco es la contribución de la criptología sociolingüística.

Invitación al lector

Este no es un libro de denuncia. No es un manual de teorías conspirativas. No es una guía para sospechar de todo. Es, por el contrario, un intento de **reducir el poder de lo oculto sobre los menos poderosos** —ofreciendo herramientas conceptuales para separar, con orden, lo que es código real de lo que es solo ambigüedad, coincidencia, estilo o torpeza.

Vale la pena pararse en esa frase. "Reducir el poder de lo oculto sobre los menos poderosos." Es una apuesta política y ética, no solo académica. Los códigos sociales no reparten sus efectos de manera simétrica. Un *dog-whistle* racial no afecta igual al votante cómodo que al

grupo estigmatizado. Un *algospeak* de evasión no afecta igual a quien tiene otras plataformas que a quien no las tiene. Un comunicado diplomático ambiguo no afecta igual al analista entrenado que al migrante al que la frontera se le cierra. Una codificación esotérica usada por grupos de poder no afecta igual a quien está dentro del círculo que a quien está fuera. El fenómeno de la codificación social es, entre otras cosas, un mecanismo de distribución asimétrica de la información. Quienes tienen la clave —quienes están dentro— disponen de más mundo. Quienes no la tienen —quienes están fuera— viven gobernados por mensajes que no terminan de comprender.

La CSS no pretende neutralizar del todo esa asimetría. La comunicación humana es, en alguna medida irreductible, una práctica con capas. Siempre habrá códigos. Siempre habrá in-groups y out-groups. Siempre habrá mensajes dentro de mensajes. Lo que la CSS pretende es que, al menos, quien quiera mirar los códigos tenga un método para hacerlo. Que la diferencia entre el experto y el profano en lectura cifrada no sea privilegio iniciático sino herramienta accesible. Que el trabajo de clarificación —tradicionalmente reservado a diplomáticos, analistas, servicios de inteligencia y otras profesiones especializadas— pueda ser hecho, siquiera en parte, por un ciudadano con curiosidad y paciencia.

La tarea no es fácil ni agradable en su totalidad. Quien empieza a mirar los códigos se expone a dos tentaciones simétricas. La primera es ver códigos en todas partes, caer en la lectura total, encontrar coordinación donde solo hay coincidencia. Esa es la pendiente conspirativa. La segunda es no querer ver ninguno, refugiarse en la lectura literal

como si fuera lectura completa, declarar que "las palabras dicen lo que dicen" y cerrar el problema. Esa es la pendiente formalista, igualmente errónea. El libro tratará, en cada capítulo, de mantenerse en el filo entre ambas tentaciones. Porque ese filo es, de hecho, donde vive la disciplina.

El libro asume que el lector no necesita ser experto. Asume que cada lector ha participado, alguna vez, en una escena como la de la cocina con la que abrió este capítulo. Y asume que basta con esa experiencia para entender el resto.

A lo largo de las páginas siguientes vamos a aprender tres cosas.

Primero, por qué ya existía una disciplina —la **endolingüística**— que no basta para estudiar estos fenómenos, y por qué necesitamos una disciplina paralela. Ese es el trabajo del Capítulo 2.

Segundo, por qué es importante no confundir lo que hacemos aquí con el trabajo de los sistemas oraculares o esotéricos, aun cuando compartamos con ellos el interés por lo oculto. Ese es el trabajo del Capítulo 3, donde introduciremos la noción —central para todo el libro— del **umbral entre lo esotérico y lo exotérico**.

Tercero, cómo se construye, paso a paso, una hipótesis de codificación social que pueda probarse y —crucialmente— refutarse. Ese será el trabajo del Capítulo 4, y será puesto a prueba a lo largo de las Partes III, IV y V antes de ser formalizado en el protocolo metodológico de la Parte VI.

Pero todo esto vendrá en los capítulos siguientes. Por ahora, basta con quedarse con la escena inicial: dos adultos en la cocina, unos niños que no terminan de entender, y una frase que dijo algo y no lo dijo

al mismo tiempo. Ese gesto doméstico, tan familiar que casi no lo vemos, es el gesto elemental del fenómeno que este libro dedica trescientas páginas a iluminar. Ampliado a escala de una campaña electoral, se vuelve política. A escala de una plataforma digital, se vuelve algoritmo. A escala de un gabinete, se vuelve diplomacia. A escala de un grupo secreto, se vuelve ritual. Pero en todas esas escalas, bajo todas esas formas, opera la misma estructura elemental.

Ese es el terreno que vamos a mapear.

CAPÍTULO 2

De la endolingüística a la criptología sociolingüística

Este libro tiene un origen menos filosófico que anecdótico.

Hace algún tiempo trabajaba con un colaborador en cuestiones de lingüística estructural. Él estudiaba los códigos consonánticos profundos del endolenguaje, ese nivel del lenguaje humano donde las palabras que parecen completamente ajenas entre sí resultan, bajo el examen fonético y semántico comparado, compartir estructuras binarias o ternarias consistentes a lo largo de familias lingüísticas enteras. Un día, en una conversación aparentemente casual, empezó a aplicar el mismo aparato conceptual —las estructuras consonánticas, los parentescos presimbólicos, las regularidades macrosistémicas— a un eslogan político contemporáneo. Dijo, en sustancia, que el efecto social de ese eslogan *se podía explicar* por el ternario consonántico que lo organizaba, porque ese ternario activaba, en el oyente, una profundidad estructural compartida.

Me detuve. Algo en esa transición no sonaba bien, y me tomó varios meses articular por qué. La estructura consonántica profunda que él estudiaba es real; el eslogan político existe y tiene efecto social; la explicación propuesta unía ambas cosas con una línea recta. Y sin embargo, esa línea recta estaba equivocada. Confundía dos niveles distintos del lenguaje —uno estructural y estable, otro pragmático y coyuntural—, los trataba como si fueran el mismo, y terminaba por debilitar tanto a la disciplina que él había cultivado durante años como a cualquier posibilidad de entender, con rigor, lo que el eslogan hacía socialmente.

Ese error recurrente —cometido por un investigador serio, y cometido con buena fe— fue la semilla de este libro. De él nacen dos tareas que se sostienen entre sí. La primera es **proteger a la endolingüística** de usos que la extienden más allá de su dominio legítimo y, al hacerlo, la desprestigian o la banalizan. La segunda es **proponer una disciplina paralela** —la criptología sociolingüística— que dé marco adecuado al estudio de los fenómenos sociales de codificación que la endolingüística no debe asumir.

En este capítulo vamos a describir, con la mayor claridad posible, qué es la endolingüística; dónde está su frontera; por qué la tentación de cruzar esa frontera es tan persistente; y qué disciplina aparece, del otro lado, para recibir lo que queda fuera.

Qué es la endolingüística

La endolingüística es una disciplina que estudia lo que podríamos llamar la **capa informática** del lenguaje humano. Así como debajo de la pantalla de un dispositivo hay un nivel de procesamiento invisible que organiza toda la experiencia visible, debajo de la superficie de cualquier lengua natural hay —según esta hipótesis— un nivel de organización estructural invisible pero sistemático. No se trata unicamente de lo inconsciente en el sentido freudiano, especialmente en su lado lingüístico, ni de una gramática universal en el sentido chomskyano; se trata de una arquitectura consonántica profunda que conecta palabras aparentemente no relacionadas, y que funciona como suelo silencioso del sentido.

En el sistema lingüístico indoiranoeuropeo —que es el macrosistema mejor documentado hasta la fecha— la endolingüística identifica siete agrupaciones consonánticas abstractas con funciones organizadoras similares a lo largo de las lenguas del grupo:

- **M** (nasal labial).
- **N** (cualquier nasal excepto M).
- **P = B = F = V** (labiales excepto M y N).
- **T = D = TH** (coronales oclusivas y fricativas no sibilantes).
- **S** (fricativas sibilantes).
- **R = L** (laterales y vibrantes).

- **K = G = H** (laringeales, oclusivas dorsales).

Estas siete agrupaciones no son exóticas ni arbitrarias. Cualquier lingüista reconocerá en ellas, con nombre distinto, las clases fonéticas que aparecen en casi todas las descripciones de los sistemas sonoros del mundo. Lo específico de la endolingüística no es descubrir estas clases —están descubiertas desde hace siglo y medio— sino mostrar que se combinan entre sí en **patrones binarios y ternarios estables** que atraviesan múltiples lenguas del macrosistema y organizan familias semánticas profundas.

Una aclaración importante aquí, porque afecta a todo lo que sigue. Las letras con las que nombramos estas agrupaciones —M, N, P, T, S, R, L, K— no son grafías ni son tampoco los sonidos concretos de ninguna palabra particular. Son abreviaturas de **clases OAS**, las unidades abstractas con las que se forman los binarios y los ternarios. Aunque estas clases se representen con consonantes por comodidad notacional, no se agotan en ellas: son algo más profundo, las piezas elementales de un código que el endolingüista modela a partir del material fonético de las palabras pero que no reside *en* ese material. Cuando se estudia el origen de un binario, o cuando se analiza cómo la inserción de un elemento nuevo entra en un binario y lo convierte en ternario, la disciplina recurre precisamente a estas clasificaciones articulatorias más finas; las clases OAS son lo que permite estudiar los ternarios con mayor profundidad.

Hay que distinguir entonces, con cuidado, dos planos. Una palabra real —*cálido*, *kalt*, *calidarium*— tiene consonantes concretas en la

lengua que la contiene, y de esas consonantes el endolingüista **modela** el código subyacente. Pero las consonantes de cualquier palabra particular **no son** el código. El código es un **objeto compartido entre las lenguas de un macrosistema**: no pertenece a una sola lengua ni a una sola palabra. Las consonantes de *cálido* son materia concreta del español; el ternario K-L-D al que contribuyen es una estructura abstracta del macrosistema indoiranoeuropeo entero, visible únicamente cuando se comparan múltiples lenguas y familias léxicas. La palabra concreta es la superficie desde la cual el analista accede al código; el código vive un nivel por encima, en el sistema compartido.

Un binario, en este vocabulario, es un par de clases consonánticas que aparece sistemáticamente en palabras relacionadas por una misma constelación semántica. El binario F-L, por ejemplo, aparece en palabras vinculadas a la filiación y al afecto: *filos*, *filia*, *fille*, *filial*, *familia*, *flame* (en su acepción amorosa), con parentescos que van desde el griego clásico hasta lenguas contemporáneas. No se trata de cognados en el sentido etimológico estricto; se trata de una coherencia estructural que subyace a grupos léxicos dispersos genealógicamente pero consistentes en su función. La endolingüística no trabaja de forma directa con genealogias o etimologías sino con resonancias psiquicas de significantes.

Ahora bien por su parte, un ternario es la misma idea que el binario pero con tres clases. El ternario K-L-D, uno de los más documentados en la bibliografía endolingüística, aparece en palabras vinculadas a los conceptos de calor, luz y profundidad. En él convergen, por ejemplo, *calor* y *cálido* del latín romance, *glad* del inglés germánico (en su

sentido de "alegre" como variante interna del calor afectivo), *calidarium* latino, y una familia de derivados que aparecen en múltiples lenguas indoeuropeas. La endolingüística afirma que esa convergencia no es casual: que el ternario K-L-D organiza, a nivel estructural profundo, una familia semántica compartida por todo ese macrosistema, más allá de las divisiones históricas entre ramas romances, germánicas, célticas, eslavas o indoiranias.

Los macrosistemas: uno por vez

Aquí conviene una aclaración metodológica que ahorrará confusiones a lo largo de todo el libro. Las siete agrupaciones recién enumeradas, el ternario K-L-D, el binario F-L y los demás casos que aparecerán en estas páginas pertenecen **al macrosistema indoiranoeuropeo**. Esto no significa que la endolingüística se limite a ese macrosistema ni que sus categorías sean universales. La disciplina puede aplicarse a cualquier macrosistema lingüístico de la Tierra; cada uno se estudia como sistema propio, con sus propias agrupaciones consonánticas, sus propios binarios y ternarios, sus propias regularidades combinatorias. Lo que vale para el indoiranoeuropeo —siete clases, ciertos ejes de alternancia, familias léxicas específicas— no es directamente trasladable al sinotibetano, al niger-congo, al afroasiático, al uralo-altaico, al austronesio, a los macrosistemas amerindios ni a ningún otro. Cada uno requiere su propio trabajo de identificación empírica dentro de sus lenguas.

Esto no significa que no haya contacto entre macrosistemas. Lo hay: existen préstamos históricos, contactos de frontera, zonas de bilingüismo prolongado, y hay también resonancias endolingüísticas identificables entre sistemas distintos. Pero metodológicamente la endolingüística **no los mezcla**: estudia cada macrosistema como unidad autónoma y deja la comparación inter-macrosistémica como tarea separada, con criterios de validación propios y más cautelosos.

La razón de esta cautela es doble, empírica y formal. La razón **empírica** toca al soporte de datos. La distancia lingüística entre los pueblos de la Tierra se mide en decenas de milenios si se toma en serio la profundidad temporal de la divergencia humana, y los registros escritos cubren apenas una fracción mínima de ese lapso. Un análisis inter-macrosistémico tendría que postular una lengua humana universal bajo la diversidad observable, y ese salto no tiene soporte empírico suficiente. La razón **formal** toca a la lógica interna de los sistemas. La disciplina toma en serio las tesis de Gödel sobre los límites de los sistemas formales: una teoría que pretendiera unificar todos los macrosistemas en un supersistema tendría que ser o bien incompleta —le faltarían regularidades verdaderas del nivel superior— o bien inconsistente —generaría resultados contradictorios al cruzar sistemas cuyas reglas internas no son conmutables—. Ante esa disyuntiva, la disciplina prefiere la modestia metodológica: un macrosistema por vez, con sus propias leyes, y un estudio separado y cauteloso de las resonancias cruzadas cuando las hay.

En la práctica, el macrosistema indoiranoeuropeo es el **mejor documentado** en la bibliografía endolingüística publicada hasta la fecha,

por razones históricas de la disciplina —trabajos tempranos concentrados en lenguas europeas e iraníes, accesibilidad de corpora escritos, tradición comparatista previa—. Por eso los ejemplos que usaremos a lo largo de este libro provendrán casi siempre de ese macrosistema. El lector no debe inferir de esa concentración que la teoría se limita a él: son ejemplos didácticos de un campo más amplio.

La inversión psíquica: KaLT □ CaLDo

Hay un ejemplo particularmente claro del tipo de trabajo que hace la endolingüística, y de por qué su objeto no es el nivel del símbolo sino el nivel de la estructura. Considérense las palabras **KaLT** (en alemán, *frío*) y **CaLDo** (en español, *caliente*, en sentido etimológico del *caldum* latino, aunque en el uso contemporáneo el adjetivo haya migrado al sustantivo *sopa*).

Son palabras, a primera vista, con significados opuestos. *Frío* y *caliente* son antónimos. Si solo miráramos el sentido, concluiríamos que no hay nada que las una, y que compararlas sería un ejercicio arbitrario. Pero si miramos la estructura consonántica, aparece una coherencia que el significado superficial disimula: ambas palabras se organizan en torno a la secuencia K-L-D (o K-L-T, con la alternancia fonética regular entre dentales sordas y sonoras que la propia endolingüística documenta). La misma arquitectura consonántica sostiene a dos sentidos opuestos.

La endolingüística propone —y aquí entra su aspecto más interesante para nuestra discusión— que esta coincidencia no es coinciden-

cia. Lo que el ternario K-L-D organiza, a nivel profundo, no es *frío* ni *caliente* por separado; es el **eje térmico** como tal, la dimensión del calor/frío como variable organizadora. Las dos palabras son, en este sentido, dos instanciaciones opuestas de la misma variable estructural. El lenguaje, antes de dividir semánticamente entre frío y calor, se organiza en torno al eje que los contiene a ambos.

Este tipo de análisis —llamado a veces *inversión psíquica* en la literatura endolingüística porque el significado de superficie se invierte, mientras la estructura profunda se preserva— es ejemplar del nivel en que opera la disciplina. No es etimología (no está trazando derivaciones históricas), no es semántica (no está interpretando significados), no es pragmática (no está analizando contextos de uso). Es lingüística estructural profunda y sistémica, en una tradición que remonta a Saussure, Jakobson, Benveniste, pero con un aparato propio que se concentra en la combinatoria consonántica.

Estructurante, no totalizante

Aquí conviene hacer una aclaración que será importante para todo el libro. La endolingüística, en su mejor versión, no es una teoría totalizante del lenguaje. No pretende explicar todo lo que una palabra significa, ni reducir el sentido a estructura consonántica, ni desplazar a las otras disciplinas lingüísticas. Se presenta como un **nivel de análisis** que captura regularidades profundas, compartidas por un macrosistema, estables a lo largo del tiempo. Es **estructurante**: da un

andamiaje sobre el cual se desarrollan después los niveles históricos, pragmáticos y simbólicos.

La palabra *cálido* no es solo K-L-D. Es también un adjetivo con historia romance, con connotaciones culturales específicas, con usos metafóricos contemporáneos, con inflexiones regionales, con cargas afectivas personales. La endolingüística no compite con el estudio de ninguna de esas capas; las preexiste, las sostiene, las organiza mínimamente, y luego las deja respirar.

Este libro, es importante decirlo con toda claridad, **no se pronuncia sobre si la endolingüística es una disciplina válida o no**. No es el lugar. Hay bibliografía específica dedicada a fundar, criticar, extender o refutar la hipótesis endolingüística; cualquier lector que quiera evaluarla deberá recurrir a esa bibliografía propia. Lo que este libro hace es algo distinto: asume la endolingüística como disciplina operante —trabajar como si fuera válida— y explora dónde está su frontera, para poder decir con precisión qué queda fuera de ella.

Porque es en esa frontera, y solo en esa frontera, donde la criptología sociolingüística se hace necesaria.

Símbolo, código endolingüístico, estructura presimbólica

Para entender la frontera, necesitamos introducir una distinción que recorrerá todo el libro. Llamémosla la **distinción entre tres niveles del signo**.

Estructura presimbólica. Es el nivel en que opera la endolingüística. Son regularidades combinatorias —consonánticas, psico-

fonéticas, prosódicas— que organizan el sistema lingüístico antes de que se instaure cualquier significado culturalmente codificado. El ternario K-L-D es una estructura presimbólica: existe con independencia de que ningún hablante haya nunca hecho el significado consciente. Es inconsciente en el sentido literal: está ahí, trabaja, y no tematizamos que está ahí. Una palabra puede participar del ternario K-L-D por el simple hecho de haberse formado dentro del macrosistema indoiranoeuropeo; no necesita que nadie lo sepa.

Código endolingüístico. Es la formalización analítica de esa estructura. Es lo que el endolingüista identifica cuando, tras comparar múltiples lenguas y familias léxicas, aísla el binario F-L o el ternario K-L-D y lo formula como unidad de estudio. El código endolingüístico es, propiamente, la descripción que hace la disciplina de la estructura presimbólica. Es un producto de la mirada analítica, pero no inventa nada: señala algo que ya estaba.

Símbolo. Es un nivel completamente distinto. Un símbolo es un signo que, dentro de una cultura, remite a un significado compartido culturalmente codificado. La paloma es símbolo de paz; la balanza es símbolo de justicia; la cruz es símbolo del cristianismo; la svástica cambió de símbolo de prosperidad a símbolo de genocidio en cuestión de décadas. Los símbolos son históricos, negociables, revocables. Dependen de una comunidad interpretativa que los reconozca como tales. Son, por definición, conscientes o al menos semi-conscientes para los miembros de esa comunidad: uno *sabe* que la paloma es símbolo de paz; uno *decide* usarla con ese sentido.

Los tres niveles son reales. Los tres son estudiables. Pero no son el mismo nivel, y no pueden estudiarse con las mismas herramientas.

La endolingüística estudia estructuras presimbólicas formulándolas como códigos endolingüísticos. Su objeto son estructuras, no símbolos. Su método es comparativo-estructural, no hermenéutico-cultural.

Cuando alguien usa una palabra con el ternario K-L-D en un eslogan político, están operando dos niveles simultáneamente y distintos: por un lado, la palabra tiene la estructura presimbólica que la endolingüística puede analizar; por otro lado, la palabra es **usada como símbolo** —con una carga histórica, política y afectiva específica— para producir un efecto social determinado. Si confundimos los dos niveles, como hizo mi colaborador, pasamos del análisis estructural al análisis político dando un salto que no está autorizado por ninguna metodología: convertimos una regularidad presimbólica en explicación causal de un fenómeno coyuntural, y ninguna de las dos disciplinas avanza. La endolingüística queda acusada de ser "una lectura más" entre muchas posibles; el análisis político queda anclado en una profundidad que no le corresponde.

La tentación de extender

La tentación de cruzar esa frontera no es un error de cualquier aficionado. Es una tentación sofisticada, que afecta precisamente a quienes han trabajado duro en la disciplina profunda y quieren ver sus frutos aplicados al mundo.

Funciona más o menos así. Un endolingüista identifica, con paciencia, que un cierto ternario consonántico organiza una familia semántica específica en el macrosistema indoiranoeuropeo. Por ejemplo —volvamos a K-L-D— identifica que esa estructura subyace a palabras vinculadas al calor, a la luz y a la profundidad. Ese es un hallazgo legítimo, defendible, reproducible. Luego se encuentra con un eslogan político, o con una frase recurrente en la propaganda, o con una expresión de marca corporativa que contiene palabras con el ternario K-L-D. Y dice: *el efecto social de este eslogan se explica porque activa la estructura profunda K-L-D en el oyente*.

Ese salto es ilegítimo. No porque la estructura no exista, ni porque el eslogan no tenga efecto, sino porque el efecto no se debe a la estructura. El efecto se debe al **uso estratégico en un contexto social específico**, a la carga histórica acumulada, a la red de asociaciones que una cultura ha construido en torno a esas palabras en ese momento. La estructura K-L-D es el mismo material que sostenía a *cálido* y a *glad* y a *caldo*; la que produce el efecto político es una red totalmente distinta, construida en meses, años, o a lo sumo décadas, por campañas, figuras públicas, eventos mediáticos, resonancias afectivas.

Pretender que la estructura profunda es la causa del efecto coyuntural equivale a pretender que el hecho de que un automóvil tenga cuatro ruedas explica por qué llega tarde a una cita. Las cuatro ruedas son condición necesaria —si no las tuviera, no sería automóvil— pero no son causa suficiente, ni siquiera relevante, del fenómeno que estamos tratando de entender.

Este es, en el fondo, el error de confundir **código con símbolo**. El código endolingüístico es condición estructural de posibilidad: permite que ciertas palabras existan, se agrupen, se sientan vagamente parientes. El uso simbólico es lo que da a esas palabras, en un momento social concreto, la carga que producen cuando son pronunciadas.

La necesidad de una disciplina paralela

De esa confusión nace la necesidad de la criptología sociolingüística.

La CSS estudia, precisamente, el nivel que la endolingüística no debe estudiar: el nivel del uso estratégico de las palabras en contextos sociales específicos, el nivel del símbolo con carga coyuntural, el nivel del mensaje codificado para producir lectura diferencial entre audiencias, el nivel de la negación plausible y del efecto ocultamiento. Es un nivel pragmático, hermenéutico, sociológico, cognitivo, computacional, ético. No es estructural en el sentido de la endolingüística; es coyuntural, dinámico, emergente.

Las dos disciplinas son, por lo tanto, **complementarias pero no conmutables**. La endolingüística ofrece el suelo estructural sobre el cual la CSS construye sus análisis. Una palabra usada en un *dog-whistle* tiene, sí, una estructura endolingüística subyacente; pero el *dog-whistle* no se explica por esa estructura: se explica por cómo esa palabra, con esa estructura, ha sido **movilizada estratégicamente** en un contexto social específico. La endolingüística responde a la pregunta *por qué esa palabra existe y por qué se asocia con otras*; la CSS responde a la pregunta

cómo esa palabra se usa hoy, en este contexto, con qué propósito social y con qué efecto diferencial.

Podemos expresar la misma distinción en otro vocabulario: la endolingüística estudia las **regularidades inter-lingüísticas estables**; la CSS estudia las **dinámicas coyunturales de plataforma y contexto**. La primera busca lo que se mantiene a lo largo de milenios; la segunda documenta lo que emerge, prolifera y muere en el ciclo de una elección, una crisis, una moda. La primera valida sus hipótesis por coherencia sistémica: un código endolingüístico es válido si aparece consistentemente en múltiples lenguas del macrosistema bajo estudio. La segunda valida las suyas por un conjunto más amplio de pruebas: doble audiencia medible, negación plausible, hide effect, persistencia contextual, triangulación interdisciplinaria.

Ambas son rigurosas. Ambas son falsables. Ambas pueden, hechas bien, contribuir a nuestra comprensión del lenguaje y del discurso. Pero son disciplinas distintas, con objetos distintos, con métodos distintos, y confundirlas —dejar que una invada el territorio de la otra— es una forma de debilitar a las dos.

El puente

Hay un matiz filosófico que conviene dejar enunciado antes de cerrar el capítulo, y que reaparecerá con más fuerza en el capítulo de cierre (el Capítulo 29).

No es que la endolingüística y la CSS sean por completo indiferentes entre sí. Hay, entre ellas, una relación de **suelo y construcción**.

Cuando un grupo social decide cifrar un mensaje usando un término con cierta estructura endolingüística, está —a menudo sin saberlo— aprovechando una resonancia profunda que esa palabra tiene. El emisor estratégico no suele pensar en ternarios consonánticos; simplemente elige palabras que "suenan bien", "que pegan", "que tienen peso". Esa intuición del emisor no es misteriosa: puede entenderse, en parte, como sensibilidad tácita a las estructuras endolingüísticas profundas del material léxico.

Eso significa que, filosóficamente, hay un puente. Pero también —y esto es crucial— que el puente va en una sola dirección. La endolingüística puede informar, a nivel filosófico, algunas intuiciones sobre por qué ciertas palabras son más eficaces que otras en ciertos usos sociales. Lo que no puede hacer —o no debe hacer, si quiere preservar su rigor— es **inferir intenciones sociales desde códigos endolingüísticos**. La inferencia de intención es tarea de la CSS, con su propio método y sus propias pruebas de validación.

El puente existe, entonces, como intuición filosófica y como hipótesis generativa. Pero nunca como sustituto metodológico.

Hacia el umbral

Hemos establecido lo que es la endolingüística, dónde está su frontera, y por qué hace falta una disciplina paralela. La CSS queda así nombrada, pero todavía sin contenido propio. El Capítulo 3 va a describir qué **no** es la CSS, en particular frente a las tradiciones oraculares, esotéricas y ocultistas que —como la CSS— se interesan por

significados que no están en la superficie del discurso. Allí introduciremos la noción que da estructura al resto del libro: el **umbral entre lo esotérico y lo exotérico**, y la decisión metodológica de estudiar el umbral sin pronunciarse sobre la validez de lo que circula a un lado o al otro.

El Capítulo 4, a su vez, dará la definición operativa positiva de la CSS y sus cuatro criterios de demarcación. Solo entonces empezaremos, en la Parte II, el trabajo de construir el vocabulario conceptual de la disciplina a través de la metáfora criptográfica.

Por ahora basta con que el lector tenga claro lo siguiente: hay dos disciplinas distintas, con objetos distintos, que pueden dialogar pero no deben confundirse. Y que de ese cuidado por no confundirlas nace, precisamente, la posibilidad de que cada una haga bien su parte del trabajo.

CAPÍTULO 3

Qué no es la CSS: el umbral entre lo esotérico y lo exotérico

Todo interés por lo oculto carga con una ambigüedad. Del otro lado del interés hay, a veces, rigor: un científico que investiga la capa subterránea de un fenómeno, un historiador que reconstruye archivos perdidos, un psicólogo que documenta procesos inconscientes. Pero también hay, a veces, deriva: el aficionado que ve códigos en cada sombra, el ocultista que toma correspondencias antiguas por revelaciones inmediatas, el teórico de la conspiración que conecta puntos que nadie más ve. Los dos grupos —el que busca con método y el que busca sin él— comparten una misma pregunta inicial: *¿hay algo debajo de lo que se muestra?* Pero se separan en el segundo paso: *¿cómo probamos que ese algo está ahí?*

La criptología sociolingüística (CSS) convive peligrosamente con la segunda familia. Estudia lo que no está en la superficie del discurso. Se interesa por significados que permanecen invisibles a la mayoría. Se ocupa de signos que, para quienes no comparten la clave, pasan

desapercibidos. Esos rasgos son, literalmente, los mismos que han caracterizado a buena parte de las tradiciones oraculares, esotéricas y ocultistas a lo largo de la historia humana.

Este libro, sin embargo, no es un tratado esotérico. Pertenece al primer grupo: al de quienes buscan con método. Y para poder pertenecer a ese grupo con honestidad, este capítulo debe hacer un trabajo específico: **decir qué no es la CSS**, es decir, deslindarla de las tradiciones simbólicas y oraculares con las que comparte interés superficial pero no epistemología. El trabajo tiene dos partes. Primero, mostrar dónde está cada una de estas tradiciones en el mapa del conocimiento. Segundo, explicar por qué, aunque no compartamos su epistemología, no queremos simplemente descartarlas —y qué significa estudiar el **umbral** que las separa de lo público.

Empecemos por una aclaración que va a repetirse de varias formas a lo largo del capítulo: **este libro no se pronuncia sobre la validez interna de las tradiciones esotéricas**. No diremos si la astrología predice algo, si la cábala revela algo, si el hermetismo accede a algo. Esas son preguntas que cada lector puede resolver por su cuenta, con sus propios criterios, con su propia experiencia. Lo que hace la CSS no depende de que esas preguntas tengan tal o cual respuesta. La CSS trabaja en otro lugar: en el punto donde un contenido, con pretensiones esotéricas o no, **cruza al espacio público** y se vuelve objeto de comunicación social. Ese punto —ese cruce— es el **umbral**, y es lo que vamos a aprender a mirar.

Diez tradiciones y su distancia con la CSS

Para ubicarnos, recorramos brevemente diez familias de tradiciones que, de alguna manera, se interesan por significados ocultos. No es una clasificación exhaustiva; es un mapa para orientarse.

1. Tradiciones esotéricas. Hermetismo, alquimia espiritual, gnosticismo, teosofía, tradiciones iniciáticas. Su método típico son las correspondencias y analogías entre niveles de realidad (microcosmos-macrocosmos, arriba-abajo, interior-exterior). Su criterio de validez es la iniciación: acceder al sentido profundo requiere ser introducido por un maestro en un linaje de transmisión. Su estatuto epistemológico, desde el punto de vista de la CSS, es no falsable: no hay manera pública de refutar una correspondencia hermética, porque cualquier refutación aparente puede ser reinterpretada dentro del mismo marco. Distancia con la CSS: **lejana**.

2. Místicas religiosas. Cábala judía, sufismo islámico, mística cristiana, tradiciones bhaktis. Buscan el sentido último de los textos sagrados, la unión con lo sagrado, el sentido trascendente. Su método es la exégesis simbólica y la experiencia interior. Su criterio de validez es teológico-místico, anclado en una tradición revelada. Distancia con la CSS: **distinta esfera**. Ambas pueden estudiar símbolos y significados ocultos, pero sus criterios de validación son incompatibles.

3. Artes adivinatorias (mancias). Astrología, tarot, I Ching, quiromancia, cartomancia. Buscan orientación o diagnóstico situacional mediante sistemas de correspondencias entre signos y significados. Su método son oráculos, tiradas, horóscopos. Su estatuto epistemológi-

co, desde el punto de vista de la ciencia estándar, es pseudocientífico o ritual. Algunos sistemas (como el I Ching) tienen profundidad filosófica, pero su uso adivinatorio no es falsable por métodos empíricos estándar. Distancia con la CSS: **lejana**.

4. Numerologías. Gematría cabalística, isopsefia griega, numerología pitagórica moderna. Asignan valores numéricos a letras y buscan correspondencias con significados ocultos. Su método opera por reglas ad hoc (qué tabla de equivalencias se usa) y por búsqueda de correspondencias fijas. Distancia con la CSS: **lejana**.

5. Ocultismo moderno. Golden Dawn, Thelema, magia ceremonial moderna. Sistemas de correspondencias mágicas, sigilos, invocaciones. Su método es ritual; su criterio de eficacia es interno al sistema, no público. Distancia con la CSS: **lejana**.

6. New Age y sincretismos. Mezclas eclécticas de tradiciones esotéricas contemporáneas; "energías", canalizaciones, terapias simbólicas. Su método es ecléctico; no hay criterios unificados de validación. Distancia con la CSS: **lejana**.

7. Pseudociencias simbólicas históricas. Frenología (siglo XIX), grafología clásica, fisiognomía. Pretenden extraer rasgos sociales o psíquicos a partir de signos físicos. Han sido refutadas o fuertemente controvertidas mediante evidencia empírica. Distancia con la CSS: **opuesta**, en el sentido de que son ejemplos históricos de lo que ocurre cuando se buscan correlaciones ocultas sin controles.

8. Hermenéuticas académicas del símbolo. Semiótica (Peirce, Eco), mitocrítica (Durand), antropología simbólica, escuela de semiótica cultural (Lotman). Operan con métodos interpretativos validados

académicamente. Distancia con la CSS: **cercana**, pero la CSS añade criterios de validación empírica (doble audiencia, negación plausible, triangulación) que van más allá de la interpretación pura.

9. Memética y semiología cultural. Estudios de difusión de unidades de sentido, análisis de *frames* discursivos, teoría de memes. Combina métodos interpretativos con análisis cuantitativo y modelos formales. Distancia con la CSS: **próxima**. La CSS puede integrar métodos meméticos con controles empíricos.

10. Narrativas conspirativas de sentido. "Numerología" conspirativa, teorías de la conspiración basadas en símbolos, lectura total de cualquier ambigüedad como signo de un plan oculto. Su método es la pareidolia y la correlación forzada. Su estatuto: no falsable, sesgada, sin salvaguardas contra la sobrelectura. Distancia con la CSS: **opuesta**. La CSS tiene salvaguardas anti-sobrelectura, publica negativos, y opera mediante criterios de validación rigurosos. Es, en muchos sentidos, el antídoto metodológico contra la narrativa conspirativa.

Cinco dimensiones de comparación

Hay cinco dimensiones en las cuales la CSS se diferencia de la mayoría de las tradiciones anteriores. Vale la pena enunciarlas con la mayor precisión posible, porque son también los criterios que cualquier lector puede aplicar cuando alguien presente un análisis como "CSS" y quiera evaluar si lo es o no.

Primera: criterio de verdad. En las tradiciones esotéricas, el criterio de verdad es iniciático o revelado: algo es verdadero porque la

tradición lo ha transmitido desde el maestro al discípulo, o porque un texto sagrado lo afirma. En la CSS, el criterio de verdad es **público y replicable**: cualquier investigador, con el corpus en la mano y el método a la vista, debería poder llegar a una conclusión similar o identificar dónde difiere.

Segunda: falsabilidad. Las tradiciones esotéricas típicas no son falsables: no hay evidencia posible que refute una correspondencia hermética, porque cualquier aparente refutación se reinterpreta. La CSS, en cambio, exige **hipótesis falsables**: cada hipótesis de codificación social debe venir acompañada de la especificación de qué evidencia la refutaría.

Tercera: unidad de análisis. Las tradiciones esotéricas operan con unidades simbólicas fijas: una carta del tarot, un planeta, un elemento. La CSS opera con **enunciados, situaciones comunicativas, estrategias discursivas** —unidades pragmáticas específicas que pueden ser delimitadas, muestreadas, comparadas.

Cuarta: controles contra la sobrelectura. Las tradiciones esotéricas tienden a confirmar, no a refutar, sus propias premisas. La CSS construye controles explícitos: el **escenario base** (¿se puede explicar por ambigüedad ordinaria?), los **ejemplos negativos** (¿qué casos no funcionan como códigos?), las **alternativas rivales** (¿qué otras explicaciones compiten?).

Quinta: publicación de negativos. Las tradiciones esotéricas rara vez publican fracasos —un horóscopo que no se cumplió, una correspondencia que no aplicó. La CSS, por método, **publica los casos don-**

de la hipótesis no se sostiene, porque es la única manera de evitar el sesgo de confirmación acumulado.

La regla de oro

Las cinco dimensiones pueden condensarse en una sola regla, que servirá al lector para no confundirse en ningún momento posterior del libro:

> **Si el criterio de verdad es iniciático o revelado, estás en hermenéutica esotérica, no en CSS. Si el criterio de verdad es público, replicable y puede salir negativo, estás potencialmente en CSS.**

Esta regla no prejuzga el valor de las tradiciones esotéricas. Solo las ubica fuera del campo de esta disciplina específica. Un astrólogo competente sigue siendo un astrólogo competente; lo que no está haciendo, cuando practica astrología, es CSS. Un cabalista puede extraer significados profundos de los textos; lo que hace no es, en el sentido técnico de este libro, criptología sociolingüística. Y a la inversa: un investigador puede hacer CSS seria sobre el uso social de símbolos astrológicos o cabalísticos —sobre cómo son usados estratégicamente en determinados contextos— sin adoptar la epistemología de esas tradiciones. La CSS puede analizar el discurso del horóscopo sin hacer horóscopos.

El umbral: concepto central del libro

Hasta aquí, el capítulo podría leerse como un cierre de puerta: *esto no es CSS, esto tampoco, esto tampoco*. Pero la intención no es cerrar sino

situar. Porque hay algo que las tradiciones esotéricas han entendido y practicado durante milenios y que merece la atención analítica de la CSS, aunque desde fuera: la noción de **umbral**.

Un umbral, en el vocabulario de cualquier tradición iniciática, es un límite que separa dos regiones: una reservada para los iniciados y otra accesible al público general. Cruzar el umbral es adquirir un saber que antes estaba vedado; permanecer del otro lado es convivir con significados que no se decodifican. La existencia misma del umbral supone que, en un momento dado, el mismo signo puede ser plenamente significativo para unos y opaco para otros.

Esa estructura —misma superficie, lecturas diferentes— es, como ya hemos visto, la estructura básica del fenómeno que la CSS estudia. La CSS no adopta la noción iniciática de umbral en su sentido metafísico. No cree que haya un plano de realidad superior al que unos acceden y otros no. Pero reconoce, y le da nombre específico, a la **estructura formal** del umbral: el hecho pragmático de que un signo circule en un espacio social donde una parte de la audiencia posee la clave interpretativa y otra no. Ese umbral pragmático es neutro respecto de lo que esté del otro lado; puede haber mensajes políticos, comerciales, diplomáticos, subculturales, y por supuesto también esotéricos. Todos comparten la misma arquitectura formal.

Por eso este libro puede hablar de esoterismo sin ser esotérico. Habla del umbral, no del contenido. Cuando una iconografía masónica aparece en un logotipo corporativo —caso documentado en múltiples estudios académicos— la CSS no pregunta si la masonería tiene o no razón en su cosmología; pregunta qué fracción del público reconoce la

iconografía, qué función comunicativa cumple esa asimetría, qué nivel de intencionalidad consciente o inconsciente tiene el emisor, qué evidencia hay de lectura diferencial entre grupos. Es un análisis de **uso social del símbolo**, no de **sentido iniciático del símbolo**. Las dos preguntas son perfectamente distinguibles; mezclarlas es, precisamente, el error que este capítulo está diseñado para prevenir.

El umbral esotérico/exotérico es, entonces, un objeto legítimo de la CSS. Lo que la CSS descarta es usarlo como evidencia de una cosmología específica. Lo que la CSS conserva es su arquitectura formal, que es compartida con el *dog-whistle* político, con el *algospeak* de plataforma, con la jerga subcultural, con el criptolecto carcelario. En todos los casos hay un umbral pragmático. En algunos casos ese umbral ha sido históricamente construido desde dentro de tradiciones iniciáticas explícitas; en otros ha emergido por presión evolutiva sin teología de por medio. La estructura formal es la misma.

Qué toma la CSS de las tradiciones

Aunque descarte sus epistemologías, la CSS puede tomar cosas importantes del trabajo acumulado por las tradiciones hermenéuticas y simbólicas. Cuatro cosas, al menos, merecen mención.

Repositorios culturales de símbolos. Las tradiciones esotéricas y las grandes hermenéuticas académicas han catalogado con detalle sistemas simbólicos de múltiples culturas. Un analista que quiere saber cómo ha sido usado históricamente un símbolo —un número, un color, una figura geométrica, un gesto— tiene en esos catálogos una

fuente inicial de hipótesis. Esas hipótesis, luego, deben ser puestas a prueba con métodos de la CSS.

Tipologías retóricas. La hermenéutica clásica y las tradiciones esotéricas han desarrollado taxonomías sofisticadas de figuras, tropos, correspondencias, inversiones. Muchas de estas tipologías son útiles como vocabulario descriptivo para analizar fenómenos contemporáneos de codificación, siempre que se las use como herramientas y no como autoridad.

Historia de marcos interpretativos. Saber cómo un marco interpretativo ha evolucionado a lo largo del tiempo —qué grupos lo adoptaron, qué lo transformaron, qué lo descartaron— permite distinguir una innovación genuina de una repetición en otro formato. Eso es historia cultural rigurosa, y es material que la CSS necesita.

Sensibilidad a la multiplicidad de lecturas. Las tradiciones hermenéuticas enseñan, entre otras cosas, que un texto o un símbolo admite varias lecturas legítimas. Esa sensibilidad es preparación indispensable para la CSS, que precisamente estudia la coexistencia de lecturas diferenciales entre audiencias. Perder esa sensibilidad es quedarse con la lectura literal como si fuera la única, y esa es la otra cara del error hermético: el formalismo plano que niega la existencia misma del fenómeno que la CSS estudia.

Qué descarta la CSS

Con igual claridad, hay cosas que la CSS no acepta (pues quedan fuera de su ámbito).

Autoridad revelada como evidencia. Que un maestro, un texto sagrado, una tradición iniciática, un autor canónico afirme algo, no constituye evidencia válida en una hipótesis CSS. La evidencia debe ser pública y replicable.

Inferencias no falsables. Afirmaciones que están construidas de tal manera que ninguna evidencia podría refutarlas no pertenecen al dominio de la CSS. Si una hipótesis no puede salir negativa, no es hipótesis CSS.

Lectura total. La tentación de leer todo como código —cada ambigüedad como señal, cada coincidencia como mensaje— es el vicio contra el que la CSS se arma. La CSS exige especificidad: una hipótesis de codificación debe identificar *qué* elemento funciona como código, *para qué* grupo, *en qué* contexto, *con qué* propósito. Sin esa especificación, no hay CSS.

Predicciones deterministas. Las tradiciones oraculares ofrecen, típicamente, predicciones definitivas ("esto significa X", "va a pasar Y"). La CSS formula hipótesis condicionales, probabilísticas, sujetas a controles contextuales. No dice *qué significa un símbolo*; dice *cómo funciona en tal contexto, para tal grupo, con qué evidencia y con qué límites* -limites establecidos por el contexto del sistema mismo.

Un ejemplo trabajado del umbral

Antes de cerrar el capítulo, un ejemplo breve que ilustra cómo la CSS mira un objeto que tradicionalmente ha sido terreno esotérico sin volverse esotérica.

A mediados del siglo XX, el símbolo del *ojo dentro del triángulo* —usado históricamente en la iconografía masónica y deísta del siglo XVIII, presente en el reverso del billete de un dólar estadounidense, y con una larga genealogía cristiana previa— empieza a aparecer con frecuencia creciente en la cultura pop: portadas de discos, videos musicales, logos corporativos, gestos de celebridades en fotografías, o en el personaje Bill (billete) de Gravity Falls.

Ante este fenómeno, hay al menos tres formas posibles de responder.

La respuesta esotérica afirma que el símbolo contiene un significado profundo (masónico, iluminista, hermético, según la tradición) y que su proliferación es evidencia de la expansión de un programa iniciático. Esa lectura no es falsable: cualquier contra-ejemplo se interpreta como "simulacro exotérico", y cualquier ausencia de efectos comprobables se interpreta como "operación invisible". No es CSS.

La respuesta formalista-reduccionista afirma que el símbolo es solo una forma geométrica neutra, que su aparición contemporánea es coincidencia estadística o estilo visual, y que no hay nada que investigar. Tampoco es CSS: descarta el fenómeno sin estudiarlo.

La respuesta CSS formula hipótesis específicas. Por ejemplo: *"El símbolo ojo-triángulo funciona como código de pertenencia estética para un subgrupo de audiencias pop-culturales entre 1995 y 2015, con lectura diferencial medible entre consumidores de cultura esotérica y consumidores generales, conservando negación plausible por parte de los emisores (artistas, marcas), y con persistencia contextual observable en corpus."* Esa hipótesis es falsable: se puede construir un corpus, medir lectura diferencial,

documentar negaciones plausibles, establecer alternativas rivales (como "es solo una tendencia visual"), y publicar resultados —positivos o negativos. Eso es CSS.

Nótese lo que pasó en la tercera respuesta: no afirmamos que la masonería tenga tal o cual doctrina; no afirmamos que los emisores sean masones; no afirmamos que haya un plan iniciático detrás. Afirmamos algo mucho más modesto y mucho más trabajable: que un símbolo con genealogía iniciática está siendo utilizado de manera que produce lectura diferencial entre audiencias, y proponemos una metodología para estudiar ese fenómeno. Ese es el tipo de pregunta que la CSS hace. Es una pregunta sobre uso social de símbolos, sobre el umbral pragmático, sobre la asimetría informacional. No es una pregunta sobre la verdad de la tradición iniciática.

Bridge hacia la definición operativa

Con este capítulo hemos cerrado, del lado esotérico y oracular, la demarcación de la CSS. En el capítulo anterior cerramos, del lado de la endolingüística, la otra demarcación. Tenemos ahora a la CSS situada entre dos grandes vecindades: la de las disciplinas lingüísticas estructurales profundas, que trabajan un nivel distinto; y la de las tradiciones hermenéuticas esotéricas, que trabajan con criterios incompatibles.

Falta decir, positivamente, qué es la CSS. Qué unidades maneja. Qué criterios aplica. Qué test rápido permite decidir si un fenómeno cae o no dentro de su dominio. Ese es el trabajo del Capítulo 4, que

completa la Parte I antes de que entremos, en la Parte II, al vocabulario conceptual prestado de la criptografía matemática.

Si el lector ha llegado hasta aquí con la sensación de que está frente a un campo nuevo pero posible, con sus límites propios y sus decisiones metodológicas explícitas, el capítulo ha hecho su trabajo. Si el lector todavía se pregunta, con cierto escepticismo productivo, si todo esto es suficientemente distinto de las corrientes con las que podría confundirse, el próximo capítulo está hecho para disipar esa duda con la máxima precisión posible.

CAPÍTULO 4

Qué sí es la CSS: definición operativa

Los dos capítulos anteriores han trazado los límites de la criptología sociolingüística con dos vecinos grandes. Por un lado, la endolingüística: disciplina legítima que estudia un nivel estructural profundo del lenguaje y que no debe confundirse con el estudio de los fenómenos coyunturales de codificación social. Por el otro, las tradiciones oraculares y esotéricas: familias de saberes que comparten con la CSS el interés por lo oculto pero que operan con criterios de validez incompatibles con el método empírico y falsable.

Queda pendiente la tarea positiva. Decir qué *es* la CSS. Darle una definición operativa: una formulación tan clara que cualquier lector pueda, al terminar este capítulo, identificar si un fenómeno cae dentro de su dominio o no. A ese trabajo se dedican las páginas que siguen.

La definición operativa

Propongo la siguiente definición de trabajo. La criptología sociolingüística es el **estudio sistemático y verificable de formas de codi-**

ficación social en el discurso que cumplen, de manera acumulativa, al menos las siguientes condiciones:

1. **Producen lecturas diferenciales entre audiencias.** Audiencias distintas, expuestas al mismo mensaje, extraen interpretaciones sistemáticamente distintas. No se trata de simples diferencias de opinión, sino de interpretaciones estables, demostrables, medibles.

2. **Preservan negación plausible para el emisor.** El mensaje está construido —por diseño o por evolución— de tal manera que el emisor puede defender una lectura literal si es confrontado. Esto blinda al emisor y es una de las características estructurales más constantes del fenómeno.

3. **Evaden filtros humanos o algorítmicos.** Sea porque escapan a la moderación de una plataforma digital, a la vigilancia de un régimen censor, o a la atención de un observador general, los códigos sociales funcionan en buena medida por su capacidad de pasar desapercibidos en los canales donde circulan. En el caso psicoanalítico, ese observador puede ser incluso una instancia psíquica interna al propio hablante: la censura intrapsíquica que obliga al contenido a cifrarse en síntoma, lapsus o sueño antes de enunciarse.

4. **Operan parcialmente por debajo de lo consciente social.** El fenómeno no se reduce a lo subliminal ni al inconsciente freudiano, pero sí incluye lo que la audiencia general no tematiza explícitamente. Su dominio natural incluye lo subliminal, lo no-tematizado y lo reprimido en el sentido sociológico del término. Se trata, en rigor, de una **estructura de lo inconsciente compartido socialmente**, de carácter sis-

témico y distribucional, distinta del inconsciente colectivo junguiano entendido como repertorio de arquetipos simbólicos.

Estos cuatro criterios no tienen por qué cumplirse todos al mismo tiempo en cada caso. Un fenómeno que cumple los primeros tres pero no el cuarto —un código abiertamente usado por todos pero con lecturas diferenciales— puede seguir siendo objeto legítimo de CSS, aunque con el caveat de que su *hide effect* sea bajo. Un fenómeno que cumple uno solo —por ejemplo, un mensaje con lectura diferencial pero sin intencionalidad relevante ni negación plausible— probablemente pertenece a otra disciplina (a la pragmática, a la estilística, a la teoría de la comunicación política general).

La definición, por lo tanto, no es una cerradura rígida; es un **filtro con pesos**. Cuantos más criterios cumple un fenómeno, más claramente entra en el dominio de la CSS; cuantos menos, más se acerca a la frontera con otras disciplinas vecinas. Esa elasticidad es deliberada: el analista CSS debe manejar una flexibilidad de espectro suficientemente pragmática como para producir resultados en casos concretos, en vez de paralizarse en disputas sobre demarcaciones estrictas.

Unidades de análisis

Para que una disciplina funcione, necesita unidades de análisis claras. La endolingüística, vimos, trabaja con modelos lógico-matemáticos (códigos binarios y ternarios) en palabras y lexemas dentro de macrosistemas lingüísticos. ¿Con qué trabaja la CSS?

La CSS trabaja con unidades que son, en su mayoría, **pragmáticas y contextuales**:

Enunciados completos. No necesariamente palabras aisladas, sino frases, oraciones, mensajes —incluidos su tono, su ritmo, su marco. "Ley y orden" no se analiza como palabras separadas sino como enunciado funcional en contextos específicos. Aquí lo fundamental es el **contexto coyuntural**: el mismo enunciado puede ser objeto CSS en un momento y dejar de serlo en otro, porque la codificación nace y muere con sus condiciones de emisión.

Marcos discursivos. Estructuras interpretativas que organizan cómo una audiencia entiende un enunciado. Un mismo mensaje bajo dos marcos distintos produce lecturas diferenciales.

Estrategias comunicativas. Patrones observables en cómo un emisor despliega sus mensajes a lo largo del tiempo, a través de canales, frente a distintas audiencias.

Timing discursivo. Cuándo se emite un mensaje, en qué momento del ciclo de atención pública, después o antes de qué evento. El tiempo mismo es información en la CSS.

Corpora pareados. Colecciones de emisiones (los mensajes que se sospecha codifican algo) y de recepciones (las respuestas documentadas de distintas audiencias a esos mensajes). La CSS trabaja siempre con ambos lados de la ecuación, no solo con el texto del emisor.

Lo que la CSS **no** toma como unidad primaria es la palabra aislada ni su estructura consonántica interna. Ese es territorio endolingüístico. Cuando la CSS necesita referirse a una palabra específica —por ejem-

plo, para analizar un sustituto de *algospeak* como *unalive*— lo hace en su función enunciativa, no en su estructura presimbólica.

Temporalidad: lo coyuntural

Los códigos endolingüísticos son estables: el ternario K-L-D lleva milenios organizando el mismo grupo de familias léxicas. Los códigos sociales, en cambio, son **coyunturales**: nacen, circulan, mueren en ciclos mucho más rápidos. Un código de *algospeak* puede volverse obsoleto en semanas cuando la plataforma actualiza su moderación. Un eslogan político funciona durante una campaña y puede perder eficacia cuando cambia el contexto social. Un criptolecto subcultural se transforma generacionalmente.

Esa temporalidad corta tiene consecuencias metodológicas importantes. La CSS no busca regularidades milenarias; busca regularidades situacionales. No prueba sus hipótesis por su presencia consistente en múltiples lenguas, sino por su funcionamiento demostrable en contextos específicos y delimitados. Eso implica que el corpus de la CSS está datado, geolocalizado, plataformizado: "tal fenómeno en tal plataforma, entre tales fechas, con tal audiencia".

Esta temporalidad tiene también una dimensión filosófica que conviene enunciar: la CSS estudia un presente que cambia bajo los pies. Sus hallazgos envejecen. Un análisis de *algospeak* de 2020 tiene valor documental en 2026, pero su vigencia operativa es limitada, porque los códigos que analizó ya fueron reemplazados. Esta caducidad

no es defecto; es característica estructural del objeto. La disciplina que la estudia debe aceptarla como parte del método.

Conviene anotar, al margen, que existe un tipo de estudio muy distinto: la **metafísica cuálica**, que intenta integrar las regularidades endolingüísticas en una temporalidad más expandida que la coyuntural. Ese trabajo es propiamente filosófico y queda por completo fuera de la CSS. La CSS se ocupa del presente que cambia; la pregunta por la permanencia estructural de los códigos pertenece a otro campo.

Intencionalidad: consciente o inconsciente

Una cuestión delicada, que la CSS hereda de la pragmática y de la sociología, es la cuestión de la intencionalidad del emisor.

En la endolingüística, la intencionalidad no es central. Un hablante no *decide* participar del ternario K-L-D cuando usa la palabra *cálido*: simplemente la usa porque es la que tiene disponible en su lengua. La estructura opera con independencia de lo que el hablante sepa o quiera.

En la CSS, la intencionalidad es central —pero entendida con un matiz importante. No exige que el emisor tenga una intención consciente, deliberada y articulable. Admite, y de hecho estudia con particular interés, los casos donde la intención es **parcial, inconsciente, colectiva o emergente**. Un *dog-whistle* puede ser deliberadamente calculado por un equipo de campaña, o puede surgir en el habla de un candidato como adaptación tácita a la audiencia que lo aplaude. Un *algospeak* puede ser adoptado conscientemente por un usuario experto

o simplemente imitado por un usuario joven que vio a otros hacerlo. Un código diplomático puede ser resultado de una redacción calculada o de hábitos profesionales tan interiorizados que los redactores ya no los notan.

En todos estos casos, hay **intencionalidad relevante** en el sentido pragmático del término: el mensaje está haciendo algo más que literalmente decir, y ese "algo más" no es aleatorio. Puede ser agente individual o colectivo, puede ser consciente o inconsciente, puede ser deliberado o habitual, pero no es ruido. Esa es la intencionalidad que la CSS toma como su dominio.

Filosóficamente: la CSS no necesita resolver el problema metafísico de la intención o no intención. Lo que necesita es documentar patrones estables de codificación y asociarlos a funciones sociales identificables. La intención individual del emisor, cuando se puede establecer, es evidencia adicional; cuando no se puede, no invalida el análisis.

Criterios de validación

¿Cómo se prueba una hipótesis CSS? Cuatro tipos de evidencia, convergentes:

Lectura diferencial estable. Evidencia medible de que audiencias distintas interpretan el mensaje de manera significativamente distinta. Esto puede documentarse con encuestas segmentadas, anotación ciega por parte de expertos, estudios cognitivos (tiempos de reacción, priming), análisis computacional de respuestas en redes.

Negación plausible demostrable. Evidencia de que el emisor puede defender, con coherencia, una lectura literal del mensaje. Si el mensaje no admite lectura literal alternativa, entonces no es codificado sino abiertamente explícito, y probablemente pertenece a otro análisis.

Persistencia contextual o temporal. Evidencia de que el efecto de codificación se mantiene a través de distintos contextos o momentos temporales. Un efecto que solo aparece en un caso aislado puede ser casualidad; un efecto que se reproduce sistemáticamente es un fenómeno CSS genuino.

Triangulación interdisciplinaria. Convergencia de evidencia proveniente de al menos dos familias metodológicas independientes: interpretativa (semiótica, hermenéutica), cognitiva (medidas implícitas, RTs, priming), computacional (embeddings, análisis de redes, patrones de co-ocurrencia), estructural (análisis de difusión, topología de red).

El grado en que estas cuatro fuentes convergen se puede sintetizar en lo que llamaremos, más adelante en el libro, el **Índice de Convergencia Interdisciplinaria (ICI)**. No es una métrica mágica; es un indicador pragmático de cuánta evidencia independiente respalda una hipótesis CSS. Pocas hipótesis en ciencias humanas gozan de ICIs muy altos; lo que importa es que el índice sea explícito y que las decisiones de publicación se tomen en función de él. Más allá del respaldo evidencial inmediato, el ICI ofrece una **línea de base para el seguimiento longitudinal**: dado que los códigos y sus contextos mutan con rapidez, registrar el índice en un momento datado permite comparar

cómo cambia la evidencia con el tiempo y documentar el ciclo de vida de cada codificación.

El test rápido de demarcación

Para el analista práctico, hay un test breve que permite decidir, en la mayoría de los casos, si un fenómeno pertenece a la CSS o a la endolingüística. Lo llamaremos el **test de la unidad de análisis**.

> **Si lo que estás estudiando es una palabra o código consonántico dentro de un sistema lingüístico (usando múltiples manifestaciones del código, o sea varias lenguas distintas), estás en endolingüística.** > > **Si lo que estás estudiando es un enunciado completo, una situación comunicativa, una estrategia discursiva o un *timing*, que viene de origen en una sola lengua, estás en criptología sociolingüística.**

Aplicado: si preguntas *por qué la palabra "cálido" existe y qué estructura profunda comparte con "glad"*, estás en endolingüística. Si preguntas *por qué el candidato X usó la palabra "cálido" en ese discurso, frente a esa audiencia, en ese momento, con qué efecto diferencial entre grupos*, estás en CSS.

La diferencia no es de profundidad sino de objeto. Ambos análisis son legítimos, ambos son rigurosos, pero no hablan de lo mismo.

Un ejemplo trabajado

Tomemos un caso casi evidente, no demasiado oculto, para fijar ideas.

En agosto de 1977, durante los años de Jimmy Carter como presidente de Estados Unidos, un comunicado público de la administración se refirió a una reunión de política exterior usando la frase "*a cordial and frank exchange of views*". La frase, a oídos de cualquier observador no entrenado, suena como un elogio: intercambio cordial y franco, señal de buena relación diplomática.

Para quienes tenían la clave interpretativa —diplomáticos, analistas, periodistas especializados— la frase significaba algo muy distinto. En el vocabulario diplomático de la Guerra Fría, "*cordial and frank*" era un giro codificado: *cordial* significaba "educado pero sin acuerdo", y *frank* significaba "hubo desacuerdo abierto". El comunicado, lejos de celebrar buenas relaciones, estaba informando con la máxima discreción posible que la reunión había sido tensa y no había llegado a acuerdos.

Apliquemos los cuatro criterios de la CSS a este caso.

¿Lectura diferencial? Sí, demostrable. La audiencia general leía "cordialidad"; la audiencia especializada leía "tensión". Los editoriales y análisis posteriores documentan ambas lecturas.

¿Negación plausible? Sí. Si el portavoz hubiera sido confrontado con "ustedes están diciendo que la reunión fue tensa", podría haber respondido con perfecto aplomo: "yo dije que fue cordial y franca". Ambas son palabras con significado positivo en uso común.

¿Evasión de filtros? Moderada. Evade el filtro de atención del público general, que no percibe la codificación. No evade filtros algorítmicos (no era la preocupación diplomática de 1977) pero sí evade la

crítica política pública: un lector común no tenía con qué acusar al comunicado.

¿Operar por debajo de lo consciente social? Sí. El lector general no sabía que estaba recibiendo un código. Para los iniciados, era plenamente consciente.

Los cuatro criterios se cumplen. El fenómeno es objeto legítimo de CSS.

Nótese, sin embargo, lo que **no** hace la CSS al analizar este caso. No afirma que el emisor haya sido malintencionado. No afirma que el mensaje fuera falso. No afirma que la audiencia general haya sido engañada en ningún sentido moralmente significativo. Lo que afirma es algo mucho más modesto y mucho más demostrable: que un mismo mensaje circuló con lecturas diferenciales estables, que el emisor conservaba negación plausible, y que el fenómeno es documentable y replicable. Ese es el estilo de las hipótesis CSS: modestas en alcance, específicas en contenido, falsables en método.

El triple régimen del signo: símbolo, código endolingüístico, código social

Con la definición operativa establecida, podemos por fin enunciar con claridad la distinción que venía prometiéndose desde el Capítulo 1: la distinción entre símbolo, código endolingüístico y código social. Esta distinción es, en el fondo, lo que permite que las tres disciplinas —hermenéutica cultural, endolingüística, CSS— coexistan sin pisarse.

El símbolo es una unidad de significación cultural compartida. La paloma, la cruz, la balanza, el color negro para el luto en tradición occidental, el blanco para el duelo en varias tradiciones orientales. Los símbolos son históricos, negociables, conscientes o semi-conscientes para los miembros de la comunidad cultural que los reconoce. La hermenéutica cultural (semiótica, mitocrítica, antropología simbólica) es la disciplina que los estudia.

El código endolingüístico es una estructura presimbólica: una regularidad combinatoria a nivel consonántico que organiza, en profundidad y sin necesidad de conciencia del hablante, familias semánticas enteras dentro de un macrosistema lingüístico. El ternario K-L-D, el binario F-L y las siete agrupaciones consonánticas del macrosistema indoiranoeuropeo son los ejemplos más documentados en la bibliografía (otros macrosistemas tienen sus propios códigos, identificados con la misma metodología dentro de cada sistema). La endolingüística es la disciplina que los estudia.

El código social es el objeto propio de la CSS. Es el uso estratégico de signos —incluidos símbolos, palabras con estructuras endolingüísticas, marcas prosódicas, gestos, tempo discursivo— en contextos sociales específicos, con el propósito (consciente o inconsciente) de producir lectura diferencial entre audiencias, preservando negación plausible y generando un efecto medible de ocultamiento para una parte de la audiencia.

Los tres niveles son reales. Los tres pueden interactuar en un mismo enunciado. Una frase política puede, simultáneamente: (a) usar símbolos culturalmente codificados (el símbolo); (b) contener palabras

con una estructura endolingüística profunda (el código endolingüístico); (c) ser emitida estratégicamente para producir lectura diferencial (el código social).

Los tres niveles requieren, sin embargo, herramientas distintas para ser estudiados. Confundirlos —o peor, pretender que uno solo explica lo que hacen los otros dos— es el error contra el que este libro se construye. El ejemplo con el que abrimos el Capítulo 2, del colaborador que pretendía explicar el efecto político de un eslogan a partir de su estructura endolingüística, era precisamente un caso de confusión de niveles. Ahora, al final de la Parte I, deberíamos poder nombrar con precisión lo que le faltaba: le faltaba distinguir entre el nivel presimbólico (endolingüístico), el nivel simbólico (hermenéutico cultural) y el nivel pragmático-social (CSS). Cada uno necesita su propio análisis; el efecto político es propiedad del tercero, no del primero.

Cierre de la Parte I

Con este capítulo concluye la Parte I del libro. Hemos hecho el trabajo fundacional: nombrar el fenómeno, demarcarlo frente a la endolingüística y frente a las tradiciones esotéricas, y darle una definición operativa con cuatro criterios y un test rápido.

La Parte II, que empieza en el próximo capítulo, da un giro de estilo. Durante seis capítulos vamos a recorrer la historia y la lógica de la criptografía matemática —desde los cifrados antiguos hasta la criptografía asimétrica contemporánea, pasando por Shannon, Kerckhoffs, los hashes y los canales laterales— no para aprender matemáticas sino

para construir el vocabulario conceptual con el cual la CSS piensa su objeto. Cada capítulo de la Parte II toma una idea criptográfica y la usa como metáfora iluminadora de un fenómeno social. Son metáforas, no algoritmos: el lector no necesita contexto matemático previo.

Lo que la Parte II va a darnos, al final, es un lenguaje. Un lenguaje preciso, compartido con una disciplina formal, para hablar de emisor, clave, canal, ruido, asimetría, firma, conocimiento cero, canal lateral y esteganografía cuando los aplicamos al habla social. Con ese lenguaje en mano, la Parte III podrá catalogar las familias concretas de códigos sociales (dog-whistles, negación plausible, hide effect, algospeak, criptolectos, señalización encubierta), y la Parte IV podrá situarlos en el canon teórico que les dio origen intelectual.

Pero todo esto vendrá. Por ahora, hemos hecho lo más difícil del comienzo: decir qué es la CSS y qué no es, con la mayor precisión posible. Con eso, el libro puede, por fin, ponerse a trabajar para elucidar el trabajo de la CSS.

Parte II

La metáfora criptográfica

CAPÍTULO 5

Breve historia de la criptografía humana

Antes de entrar al aparato conceptual de la criptografía —al emisor y el receptor, a la clave y el canal, a la asimetría y la firma digital— vale la pena recordar algo simple y casi obvio: **el ser humano siempre ha ocultado mensajes**.

No hay civilización documentada que no haya desarrollado, en algún momento y por alguna razón, alguna técnica para transmitir información de manera que solo el destinatario autorizado pudiera leerla. La criptografía, así entendida, no es una invención matemática moderna; es una práctica humana tan antigua como la escritura, quizás anterior. Las razones también son constantes: poder, guerra, comercio, amor, conspiración. Cada una genera su propia necesidad de ocultamiento; cada necesidad genera su propia solución técnica; cada solución técnica genera, tarde o temprano, un adversario capaz de romperla, lo que genera una nueva solución. La historia de la criptografía es, en ese sentido, una historia de carreras armamentísticas entre quien quiere decir algo a pocos y quien quiere que eso lo oigan muchos —o nadie.

Este capítulo recorre esa historia en versión breve y accesible. No pretende enseñar criptografía en sentido técnico; hay excelentes libros para eso. Pretende algo distinto: mostrar que los conceptos criptográficos que vamos a usar como metáforas en los capítulos siguientes tienen raíz antigua, y que la analogía entre cifrado matemático y codificación social es, en buena parte, una analogía *genealógica*. Ambas prácticas responden al mismo problema humano —cómo decir algo a alguien sin que lo oigan otros— con medios distintos. La CSS estudia la versión discursiva y social de ese problema; la criptografía clásica estudió la versión textual y formal. Son parientes cercanos.

Conviene detenernos un momento en tres palabras que suelen usarse como sinónimos y que no lo son: **criptografía**, **criptología** y **criptonomía**. Las tres comparten la raíz griega *kryptós* —"oculto"— pero el sufijo decide el alcance del campo. La **criptografía** (*kryptós* + *gráphein*, "escritura") es el oficio de ocultar mensajes: diseño y construcción de cifrados. Es, por vocación, técnica. La **criptología** (*kryptós* + *logos*, "estudio") es, en su acepción académica estándar, el nombre del campo total —cifrado más criptoanálisis—, pero recupera, en una acepción más antigua y amplia, el peso pleno del sufijo *-logía*: no técnica sino discurso, estudio, razón. En ese sentido más amplio, criptología es el estudio —filosófico, histórico, semiótico, social— de lo oculto en general, y no únicamente de sus formas matemáticas. Es la acepción que este libro reivindica. No porque desdeñemos la matemática —el capítulo siguiente estará dedicado íntegramente a Shannon— sino porque entre un mensaje diplomático cifrado y un *dog-whistle* político hay un parentesco estructural que no puede estudiarse con una

sola herramienta: uno pide matemática discreta; el otro, pragmática, sociología y análisis del discurso.

La **criptonomía** (*kryptós* + *nómos*, "ley" o "norma") completa el mapa. El término, poco frecuente en el mundo técnico, fue puesto en circulación por los psicoanalistas Nicolas Abraham y Maria Torok en *Le verbier de l'homme aux loups* (1976) para nombrar el estudio de cómo ciertos significantes funcionan como criptas que encierran, deformándolo, un contenido psíquico inenunciable. Aquí el cifrado ya no es operación voluntaria de un emisor sobre un mensaje, sino efecto estructural: el lenguaje mismo, bajo ciertas condiciones, oculta más de lo que dice, y lo hace sin un "cifrador" consciente detrás. Ese desplazamiento —del cifrado como técnica al cifrado como fenómeno del lenguaje— es exactamente el tipo de ampliación que la CSS necesita. Entre la criptografía (que pide un algoritmo), la criptología en sentido amplio (que pide un estudio) y la criptonomía (que pide una teoría del síntoma lingüístico), la criptología sociolingüística se sitúa como proyecto interdisciplinario: toma de la primera el rigor formal, de la segunda la vocación reflexiva y de la tercera la sospecha de que los códigos sociales no siempre tienen un autor identificable.

Por eso este libro se llama *Criptología sociolingüística* y no *Criptografía sociolingüística*. La diferencia no es cosmética. Anuncia que el objeto será tratado como campo de estudio —con dimensiones históricas, sociales y filosóficas— y no solo como conjunto de técnicas para descifrar mensajes.

Hay también, al final del capítulo, un argumento que conviene anticipar: la criptografía no se rompe, en la práctica, solo atacando algo-

ritmos. Se rompe también —y a veces sobre todo— atacando personas. La historia del cifrado está acompañada, desde siempre, por la historia de la **ingeniería social**: el arte de obtener la clave no resolviendo matemáticas sino convenciendo a un humano de entregarla. Esa figura —el **hacker social**— es, en muchos sentidos, el pariente más directo del objeto que este libro estudia.

Antigüedad: palabras en la piel, vueltas en el palo

Heródoto, en el libro quinto de sus *Historias*, cuenta una escena curiosa. Histieo, tirano de Mileto y prisionero del rey persa Darío, quiere enviar un mensaje clandestino a su sobrino Aristágoras: incitarlo a la rebelión contra Persia. El problema es obvio: cualquier mensajero puede ser interceptado. La solución de Histieo es bella y cruel. Manda afeitar la cabeza de un esclavo de confianza, tatúa el mensaje en el cuero cabelludo, espera que el pelo vuelva a crecer, y entonces envía al esclavo con instrucciones de ser afeitado al llegar a destino. El mensaje viaja invisible bajo el pelo. Es, probablemente, uno de los primeros ejemplos documentados de **esteganografía** —la ocultación no del contenido sino de la existencia misma del mensaje.

Heródoto cuenta también —siglos antes de nuestra era— otras técnicas. Los espartanos usaban la **escítala**: un palo cilíndrico de diámetro específico. El emisor enrollaba una cinta de cuero alrededor del palo y escribía el mensaje en sentido longitudinal; desenrollada, la cinta mostraba solo letras desordenadas, imposibles de leer sin un palo del mismo diámetro. El receptor, con su escítala gemela, enrollaba la

cinta y leía. Es probablemente el primer cifrado por transposición de la historia occidental: el mensaje sigue visible pero reordenado.

Julio César, en las *Guerras de las Galias*, describe su propio método. Desplaza cada letra del alfabeto un número fijo de posiciones —tres, en su caso— y envía la versión corrida a sus generales. Es el **cifrado César**, el más didáctico de todos los cifrados de sustitución: simple, rompible en minutos hoy, pero suficiente en el siglo I a.C. frente a enemigos que probablemente no sabían leer latín de corrido y menos aún pensar en términos de desplazamiento alfabético.

Dos detalles merecen anotarse de este período antiguo. Primero, que las soluciones iniciales combinaban —como siguen combinando las nuestras— técnicas matemáticas primarias (desplazamiento, transposición) con técnicas materiales (el palo de la escítala, la piel del esclavo). Segundo, y más importante: el uso de la criptografía, ya en la antigüedad, tenía casi siempre a la **guerra** como motor. Ocultar un mensaje era, en la inmensa mayoría de los casos, ocultarlo de un adversario militar o político. Esa asociación entre cifrado y enemigo va a atravesar toda la historia del campo.

Medievo y Renacimiento: la polialfabetización

Durante la Edad Media, la criptografía florece en espacios inesperados. Los cabalistas judíos desarrollan sistemas de **gematría** —asignar valores numéricos a letras hebreas para extraer significados ocultos de los textos sagrados— que, aunque su uso era más exegético que militar, refinan las técnicas de sustitución. En el mundo islámico,

el polímata Al-Kindi, en el siglo IX, escribe el primer tratado conocido de **criptoanálisis**: explica que ciertos cifrados pueden romperse analizando la frecuencia con que aparecen las letras en el texto cifrado y comparándola con la frecuencia estándar de letras en el idioma. Esa técnica —el análisis de frecuencia— se convierte en la primera gran herramienta de quien quiere leer lo que no debería poder leer. Un cifrado de sustitución monoalfabética, como el César, queda obsoleto frente a cualquier análisis de frecuencia sistemático.

La respuesta llega en el Renacimiento italiano. **Leon Battista Alberti**, humanista y arquitecto, escribe en 1467 un tratado donde propone usar varios alfabetos distintos alternados dentro del mismo mensaje. Es la **cifra polialfabética**: una misma letra del mensaje original puede cifrarse como letras distintas según la posición en que aparezca. El análisis de frecuencia, que explotaba la regularidad monoalfabética, queda bloqueado. Un siglo después, el francés **Blaise de Vigenère** perfecciona la idea con el cifrado que lleva su nombre, usando una palabra clave para determinar qué alfabeto se aplica a cada posición. El cifrado de Vigenère, conocido durante tres siglos como "el cifrado indescifrable", sostuvo la confidencialidad diplomática europea hasta bien entrado el siglo XIX.

Aquí aparece, con claridad, un principio que la CSS va a heredar como metáfora: la seguridad de un cifrado no está en ocultar su método sino en ocultar su clave. El algoritmo de Vigenère era público; lo que estaba protegido era la palabra específica que se usaba como clave en cada comunicación. Esta intuición se formalizará explícitamente,

en el siglo XIX, con el principio de Kerckhoffs, al que dedicaremos el Capítulo 7.

Mención aparte merece el ámbito del amor y la conspiración palaciega. Durante los siglos XVI y XVII, las cortes europeas generan una enorme cantidad de correspondencia cifrada: amantes clandestinos, embajadores con instrucciones secretas, conjurados contra la corona. María Estuardo es ejecutada en 1587 en parte porque sus cartas cifradas al círculo conspirador contra Isabel I son interceptadas y descifradas por los criptoanalistas de Francis Walsingham. La criptografía, por primera vez en registros ampliamente accesibles, decide destinos individuales: una clave comprometida cuesta una cabeza.

Siglo XIX: el principio de publicidad del método

En 1883, un oficial militar holandés radicado en Francia, **Auguste Kerckhoffs**, publica en el *Journal des Sciences Militaires* un artículo titulado *"La Cryptographie Militaire"*. Allí enuncia seis principios de diseño para sistemas criptográficos prácticos. El segundo de esos principios —que se volverá legendario con el nombre de *principio de Kerckhoffs*— dice, en sustancia, que la seguridad de un sistema criptográfico no debe depender del secreto del sistema mismo, sino del secreto de la clave. Dicho de otro modo: aun si el enemigo conoce completamente cómo funciona el algoritmo, la comunicación debe seguir siendo segura siempre que no conozca la clave.

Este principio es, filosóficamente, una ruptura con siglos de tradición esotérica en el campo. Durante buena parte de la historia de la

criptografía, los métodos mismos se mantenían en secreto: se presumía que un enemigo que desconociera *cómo* se cifraba no podría romper el cifrado. Kerckhoffs dice lo contrario: presume lo peor. Asume que tu adversario eventualmente conocerá tu método —por espionaje, por fuga, por ingeniería inversa— y diseña para que, aún así, no pueda leer tus mensajes sin la clave. Es una doctrina de **transparencia del método y opacidad de la clave**.

Esta doctrina va a ser uno de los pilares metodológicos de la CSS. Como veremos en el Capítulo 7, la CSS hereda de Kerckhoffs la idea de que el método debe ser público aunque los datos puedan ser confidenciales. Un análisis CSS no se valida porque "el analista lo vio así"; se valida porque cualquier otro investigador, aplicando el mismo método al mismo corpus, debería llegar a conclusiones similares. La transparencia metodológica es la contraseña que nos separa del esoterismo.

Siglo XX: de lo mecánico a lo matemático

Con las dos guerras mundiales del siglo XX, la criptografía entra en una escala industrial sin precedentes.

La **máquina Enigma**, desarrollada por la ingeniería alemana en las décadas de 1920 y 1930 y ampliamente utilizada por las fuerzas nazis durante la Segunda Guerra Mundial, es el ejemplo paradigmático. Enigma es una máquina electromecánica: una serie de rotores con cableados internos distintos que, combinados con un tablero de conexiones, permitían cifrar cualquier mensaje con una clave diaria que producía una combinatoria astronómica. La cantidad de configuracio-

nes posibles superaba los 150 trillones. Los alemanes consideraban a Enigma indescifrable.

No lo era. En Bletchley Park, un complejo de edificios en el campo inglés, un equipo de matemáticos, lingüistas y operadoras —entre ellos el joven **Alan Turing**— logró, a lo largo de los años 1940-1945, romper sistemáticamente las comunicaciones Enigma. La hazaña combinó brillantez teórica (los trabajos previos del matemático polaco Marian Rejewski y su equipo), ingeniería dedicada (las "Bombes", máquinas específicamente diseñadas para buscar claves diarias) e inteligencia humana (cada mensaje interceptado reducía la búsqueda si contenía palabras predecibles: saludos, encabezados, informes meteorológicos). El criptoanálisis de Enigma, según estimaciones historiográficas posteriores, acortó la guerra entre dos y cuatro años y salvó millones de vidas. Una parte significativa de la historia militar del siglo XX fue decidida en un edificio donde se atacaban claves en lugar de posiciones.

El trabajo de Turing tiene otra consecuencia, menos militar pero más duradera. Al formalizar el concepto de cómputo mecánico —la "máquina de Turing"— Turing sienta las bases teóricas de la computación moderna. La criptografía, a partir de ahí, deja de ser un oficio con componente humano mayoritario y se vuelve, progresivamente, un subcampo matemático puro. El cifrado será materia de algoritmos ejecutables en máquinas, no de artilugios mecánicos. Esa migración completa su arco con Claude **Shannon** en 1949, cuya *Teoría matemática de los sistemas de secreto* —tema del próximo capítulo— funda la criptografía como ciencia formal.

Criptografía asimétrica: la revolución de los años 70

Todos los sistemas criptográficos hasta la década de 1970 comparten una característica: son **simétricos**. Es decir, la misma clave que se usa para cifrar se usa para descifrar. Eso crea un problema logístico serio: antes de poder enviar un mensaje cifrado, emisor y receptor deben ponerse de acuerdo, por algún canal seguro, sobre la clave a usar. Si ya tienen un canal seguro, ¿para qué cifrar? Este problema —el **problema de distribución de claves**— atormentó a la criptografía durante siglos. En ámbitos militares se resolvía con libros de códigos distribuidos físicamente; en ámbitos civiles, era directamente un obstáculo para muchos usos. El fenómeno de las telecomunicaciones pedía algo más.

En 1976, **Whitfield Diffie** y **Martin Hellman** publican un artículo llamado *"New Directions in Cryptography"*, donde proponen una idea revolucionaria: un sistema de intercambio de claves donde emisor y receptor pueden acordar una clave secreta comunicándose *por un canal público*. El adversario puede escuchar toda la comunicación y aún así no puede deducir la clave resultante. El método, basado en propiedades matemáticas del logaritmo discreto, cambia la criptografía para siempre.

Dos años después, tres investigadores del MIT —**Ron Rivest**, **Adi Shamir** y **Leonard Adleman**— proponen un sistema aún más potente: cada usuario tiene dos claves, una **pública** y otra **privada**, matemáticamente relacionadas. Lo que se cifra con la pública solo se descifra con la privada, y viceversa. Nadie necesita compartir secretos previos:

yo publico mi clave pública al mundo, cualquiera puede cifrarme un mensaje usando esa clave, y solo yo —con mi clave privada— puedo descifrarlo. Es el sistema **RSA**, nombrado por las iniciales de sus inventores. Es la base de casi toda la criptografía de internet: cada vez que un navegador establece una conexión HTTPS, RSA (o uno de sus herederos como ECC) está detrás.

La importancia conceptual de la criptografía asimétrica va más allá de lo técnico. Introduce una idea que va a ser central para nuestro capítulo 8: la **asimetría** como estructura de comunicación. Dos partes pueden participar en un intercambio cifrado sin compartir el mismo conocimiento previo. Uno posee una llave, el otro otra; la estructura misma del sistema —no un acuerdo social previo— garantiza que solo el destinatario pueda leer. Esa idea, como veremos, tiene paralelos sociales poderosos: pertenecer a un grupo social in-group equivale, en muchos sentidos, a poseer una clave interpretativa que los demás no tienen. La criptología sociolingüística va a heredar la intuición.

Horizonte post-cuántico

Desde la década de 1990, se ha demostrado teóricamente que computadoras cuánticas de suficiente potencia podrían romper RSA y Diffie-Hellman en tiempo polinomial usando el algoritmo de Shor. Eso no es un problema inmediato —las computadoras cuánticas prácticas siguen siendo experimentales— pero es un problema *latente*. Por eso, desde hace décadas, se trabaja en **criptografía post-cuántica**: sistemas que serían robustos aun frente a adversarios con capacidades

cuánticas. Estándares como CRYSTALS-Kyber, seleccionados recientemente por organismos de estandarización como el NIST, representan una próxima generación del campo.

No entraremos en el detalle técnico. Lo relevante para nosotros es el patrón: cada generación de criptografía se construye anticipando al adversario más poderoso imaginable, y cada generación, tarde o temprano, encuentra su ruptura y produce la siguiente. La historia humana del secreto es una escalera sin fin. Probablemente, es nuestro futuro inmediato el adversario más poderoso imaginable sea un sistema de inteligencia artificial.

El hacker social: la otra historia

Hasta aquí hemos hablado de matemáticas, máquinas, algoritmos. Pero hay una historia paralela que la gran narrativa técnica tiende no a subestimar, siempre es nombrado, pero no promueve su principalidad: la del **hacker social**.

Un hacker tecnológico rompe un sistema atacando su algoritmo, su implementación, su código. Es el modelo clásico del adversario criptográfico: alguien que intenta factorizar números enormes, que busca debilidades en el cifrado, que explota errores de programación. Es, en términos populares, el personaje del cine con capucha y pantalla negra. Existe, hace daño, importa.

Pero existe un segundo personaje, menos cinematográfico y a menudo mucho más eficaz: el **hacker social**. Su método no es algorítmico sino humano. No rompe el cifrado: consigue la clave hablando con

el humano que la tiene. La herramienta principal es la **ingeniería social**: llamadas telefónicas, correos de apariencia legítima, documentos falsificados, visitas presenciales con disfraz, pretextos elaborados. El objetivo es manipular al humano custodio de la información para que la entregue voluntariamente, pensando que habla con alguien autorizado.

Kevin Mitnick, posiblemente el más famoso ingeniero social de la historia contemporánea, documenta en sus libros (*The Art of Deception*, 2002) cómo durante años comprometió redes corporativas enormes no con técnicas informáticas avanzadas sino con llamadas telefónicas bien diseñadas. "El eslabón más débil de cualquier sistema de seguridad", escribe Mitnick, "siempre ha sido el humano que opera dentro de él." La afirmación es empíricamente sólida: la inmensa mayoría de las brechas de seguridad corporativas de los últimos treinta años no fueron ataques técnicos sofisticados sino variantes de *phishing*, *pretexting* y otras formas de manipulación interpersonal.

¿Por qué nos importa esto en un libro sobre CSS?

Porque el hacker social es, en el fondo, el pariente más cercano del objeto que este libro estudia. El hacker social no rompe códigos matemáticos: manipula sistemas de comunicación social para obtener acceso a información que debería estar protegida. Trabaja con **cómo hablamos entre humanos**, con nuestras rutinas de confianza, con los tonos que nos hacen aceptar una autoridad no verificada. La CSS trabaja el mismo territorio desde el lado analítico: no para robar claves sino para entender cómo los mensajes sociales están estructurados en

capas, quién decodifica qué, qué funciones sociales cumplen esas capas, y cómo se pueden estudiar con rigor.

La analogía tiene un matiz importante. El hacker social es agente —alguien que ejecuta una manipulación. El analista CSS es observador —alguien que estudia los patrones. Pero ambos comparten la intuición fundamental: que **la seguridad o inseguridad de la comunicación social no se juega solo en el contenido sino en los protocolos implícitos de confianza, autoridad y pertenencia**. Un mensaje puede ser veraz y aun así ser completamente malinterpretado; un mensaje puede ser engañoso y sin embargo ser aceptado como veraz. Lo que decide el efecto no es solo lo que se dice, sino cómo se dice, quién lo dice, a quién, y en qué marco de expectativas.

El legado conceptual para la CSS

Cerremos este capítulo recogiendo los conceptos que la historia de la criptografía nos deja como herencia para los capítulos siguientes. Serán nuestras metáforas de trabajo.

Primero, el problema general del cifrado: transmitir información de manera que solo el destinatario autorizado pueda leerla. En la CSS, esto se traduce al problema de **lectura diferencial entre audiencias**: un mensaje social llega distinto a grupos distintos por diseño.

Segundo, el análisis de frecuencia: la idea de que cualquier regularidad estadística en un corpus puede ser explotada para romper el cifrado. En la CSS, esto se traduce al análisis computacional de patrones de uso: corpus, co-ocurrencias, embeddings, detección de *bursts*.

Tercero, el principio de Kerckhoffs: el método debe ser público; solo la clave es secreta. En la CSS, esto se traduce en la exigencia de **transparencia metodológica**: cualquier análisis debe poder ser replicado por otros investigadores.

Cuarto, la simetría y la asimetría: algunos cifrados requieren clave compartida; otros operan con claves divergentes, una pública y otra privada. En la CSS, esto se traduce a la estructura de **pertenencia asimétrica al in-group**: poseer la clave interpretativa equivale a tener una membresía cultural o informacional que los demás no poseen.

Quinto, la ingeniería social: la seguridad real de los sistemas se juega en lo humano, no en lo algorítmico. En la CSS, esto se traduce en la tesis central del libro: **el código social más eficaz es el que se inscribe en las rutinas discursivas cotidianas**, no el que exige procesamiento técnico. El mejor cifrado social es el que no parece cifrado.

Con estos cinco conceptos en mano, estamos listos para el capítulo siguiente, donde Claude Shannon va a darnos el modelo canónico de todo sistema de comunicación con secreto: emisor, mensaje, clave, canal, receptor. Ese modelo, levemente reinterpretado, va a ser la estructura formal sobre la cual construiremos toda la Parte II del libro.

CAPÍTULO 6

Emisor, canal, clave, receptor: el modelo de Shannon

En 1948, un ingeniero matemático de treinta y dos años que trabajaba en los Bell Labs publicó un artículo llamado *"A Mathematical Theory of Communication"*. Su nombre era **Claude Shannon** y el artículo cambió la forma en que la humanidad piensa la comunicación. Al año siguiente, en 1949, publicó una extensión de esas ideas aplicadas específicamente al problema del secreto: *"Communication Theory of Secrecy Systems"*. Ese segundo artículo es el fundamento de la criptografía como ciencia formal. También, como veremos en este capítulo, es el modelo conceptual más útil que tenemos para pensar con precisión lo que estudia la criptología sociolingüística.

SOBRE ESTE LIBRO

Criptología Sociolingüística

Fundamentos, método y frontera de una ciencia
del mensaje cifrado en el discurso social

La criptología sociolingüística es la disciplina que estudia, con método público y falsable, los mensajes que dicen una cosa en superficie y transmiten otra por debajo. Dog-whistles políticos, algospeak de plataforma, comunicados diplomáticos con doble fondo, simbología esotérica en logotipos corporativos, criptolectos de comunidades perseguidas: fenómenos tan antiguos como la escritura que hoy operan a escala masiva.

Un tratado académico y, a la vez, una herramienta cívica.

El autor parte de una intuición simple y poderosa: no todo mensaje dice solamente lo que parece decir. En la política, la diplomacia, las plataformas digitales, los grupos de poder, las subculturas y los lenguajes de evasión, existen frases, símbolos, silencios y fórmulas que hablan de manera distinta a distintas audiencias.

Este libro construye los fundamentos teóricos y metodológicos de la Criptología Sociolingüística: una ciencia del mensaje oculto en el mensaje claro. A partir de conceptos como el dog-whistle, la negación plausible, el algospeak, los criptolectos, la esteganografía social y los canales laterales, el autor desarrolla un marco riguroso para distinguir entre código real, ambigüedad, coincidencia, sobrelectura y paranoia interpretativa.

La obra dialoga con la criptografía, la semiótica, la pragmática, el análisis del discurso, la sociología del secreto y la hermenéutica, pero se separa

claramente del esoterismo, la adivinación y la lectura conspirativa. Su propósito no es sospechar de todo, sino ofrecer un método para comprender cómo ciertos mensajes distribuyen poder, pertenencia, exclusión y sentido.

Un tratado académico, filosófico y contemporáneo sobre una de las formas más influyentes —y menos visibles— de la comunicación humana: el mensaje dentro del mensaje.

CÓMO CITAR

Toledo Martínez, Alejandro. 2026. *Criptología Sociolingüística: Fundamentos, método y frontera de una ciencia del mensaje cifrado en el discurso social*.
https://www.independentbooks.site/libros/criptologia-sociolinguistica/

Nota sobre el autor

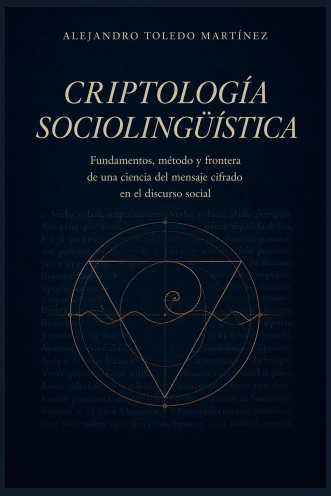
Alejandro Toledo Martínez es investigador independiente en endolingüística, criptología sociolingüística y filosofía del lenguaje. Autor de más de cincuenta trabajos publicados en ResearchGate y en endolinguistics.science, ha desarrollado una línea original de estudio sobre los códigos consonánticos binarios y ternarios del sistema indoiranioeuropeo —como los ternarios K-L-D y M-T-R—, explorando sus resonancias psicodinámicas con conceptos fundamentales del pensamiento humano. Su obra integra lingüística estructural profunda, metapsicología freudiana y tradiciones sapienciales antiguas.

Es autor de *Metafísica Cuálica: Hacia una ontología del aparecer y una lógica de la articulación* (2025) y de *Disposición a sentarse: Hacia una epistemología tensional del aprendizaje* (2026).

Criptología Sociolingüística funda la disciplina a la que este libro da nombre, delimitándola rigurosamente frente a la endolingüística y frente a las tradiciones oraculares y esotéricas con las que comparte el interés por lo oculto.

SIGUE LEYENDO

Consigue el libro completo



Seis partes, veintinueve capítulos, un glosario, tres apéndices con ejemplos trabajados, bibliografía completa e índice analítico.

Disponible ahora en

independentbooks.site

independentbooks.site/libros/criptologia-sociolinguistica

PDF sin DRM · Descarga inmediata · Lectura en cualquier dispositivo